

PORTE PAGO

Acción Obrera

ÓRGANO OFICIAL DEL SINDICATO O. DE LA INDUSTRIA DEL MUEBLE

ADHERIDO A LA UNIÓN SINDICAL ARGENTINA Y A LA UNIÓN OBRERA LOCAL DE BUENOS AIRES

Redacción: RIOJA 835, U. T. 62, Mitre, 0594 — BUENOS AIRES, OCTUBRE DE 1928 — Año V, N.º 46

PROGRESO CIENTÍFICO Y MORAL RETRÓGRADA

Evidentemente, el progreso de la ciencia en su aplicación al perfeccionamiento de las actividades humanas ha llegado a un grado de superación admirable.

Signo elocuente del dinamismo intelectual, el progreso científico, que se manifiesta en el constante avance en el estudio, experimentación y aplicación de las más estupendas creaciones del intelecto, ha trocado en realidades tangibles lo que hasta épocas muy recientes se consideraba como teorías de imposible practicabilidad, fruto del ensueño de los utopistas o narraciones fantásticas de novelistas visionarios.

La trascedental evolución operada en el vasto campo de la ciencia denota un considerable avance en la conquista y adopción en todas las ramas del saber humano de los elementos naturales que, utilizados en las múltiples actividades de la vida, tienden a revolucionar por completo el desenvolvimiento de la sociedad.

En la faz científica el progreso es, pues, un signo precursor en la hora presente de una acción acentuadamente abarcativa, de acuerdo con la necesidad de superiorizar hasta su grado máximo los conocimientos y la cultura del pueblo.

Es digno de ser reconocido entonces el grado de perfeccionamiento alcanzado por la ciencia en marcha hacia la consagración de superación cultural de la humanidad.

Pero, en la faz moral, ¿guardan concordancia los fundamentos básicos de la sociedad con el enaltecedor progreso de la ciencia? Evidentemente, no.

Remitiéndonos a la constatación de los hechos, que son los que determinan deducciones lógicas, es lamentable tener que reconocer que en lo referente a principios de orden moral, la sociedad está en retroceso, comparada la situación con respecto al adelanto científico.

Los descubrimientos de la ciencia y las determinaciones de orden filosófico en que ellos se fundamentan constituyen **la negación más** rotunda de todos los prejuicios derivados de la creencia en hechos y poderes sobrenaturales.

No obstante ello, prevalecen en la sociedad innumerables prejuicios, que no han podido ser desarraigados aún de la mentalidad de los hombres.

El progreso de la ciencia conduce a una transformación completa de todos los medios elementales de la vida. Y como consecuencia lógica de esta transformación en el orden científico, se significa hasta la evidencia lo arbitrario de los preconceptos en la sociedad.

La ciencia viene demostrando cómo pueden ser utilizados en beneficio de la humanidad todos los elementos naturales como factores del perfeccionamiento del sistema de convivencia social.

En cambio, la sociedad actual, lejos de seguir el ritmo determinado por las conclusiones lógicas de la ciencia, inspira sus actos en la obsecuencia a la moral utilitaria del capitalismo, cuya existencia como usurpador de los bienes colectivos determina una injusticia evidentemente constatada.

Es que la existencia del capitalismo no está determinada por una razón de lógica, en base de conceptos de orden moral, sino que él se fundamenta en la fuerza dominadora derivada del sistema de monopolio y usufructo exclusivo de los medios de producción.

De este hecho dimana, pues, la discordancia entre el concepto utilitario producto de la educación burguesa y el elevado concepto de orden moral resultante del progreso científico.

La moral de la sociedad está en mora con el adelanto de la ciencia, y la causa de esto radica en el sistema capitalista, que para mantener su injusto predominio procura subordinar a su exclusivo interés todas las actividades sociales.

Fiel e irreductible en la interpretación de sus conveniencias, el capitalismo no se aviene a razonamientos que tengan la virtualidad de vulnerar su propia moral.

Moral retrógrada, cuya adaptación al medio social trae como consecuencia la desnaturalización de los conceptos básicos que deben primar en recíproca proporción con el adelanto científico y cultural de la sociedad.

Producir un cambio en las modalidades dirivadas de la moral burguesa es misión que le incumbe a la organización obrera, adaptando su acción renovadora de los valores sociales a los dictados de la verdad que surge de las demostraciones de la ciencia, que señala la arbitrariedad que significa hacer depender de la diferenciación económica el usufructo integral de los bienes naturales a que tiene derecho la individualidad humana.

SINTOMAS DE MALESTAR SOCIAL

LA INMIGRACIÓN

La constante afluencia de obreros inmigrantes a esta parte del continente ha dado siempre motivo a los representantes gubernamentales y a los doctos del mundo de las finanzas para hacer apreciaciones encomiásticas para la situación del país, que no concuerdan con la realidad que palpamos los trabajadores.

En efecto: según lo expresa la teoría burguesa, la inmigración de trabajadores hacia un determinado país, constituye un índice revelador del grado de prosperidad y florecimiento industrial del mismo.

En base a tal apreciación es que los gobiernos de los países donde existe la necesidad imperiosa de una política de atracción de las corrientes inmigratorias, intensifican continuamente la propaganda tendiente a procurar el mayor éxito en la practicabilidad de su teoría. La situación misérrima por la que atraviesa la clase obrera, como resultado del desbarajuste social, se presenta con variantes de mayor o menor intensidad según sea el resultado de las especulaciones de la política económica predominante en los distintos países.

Consecuencia inmediata de esas variantes en el estado calamitoso de los pueblos es el continuo traslado de grandes contingentes de trabajadores de unos países a otros obedeciendo a la necesidad de hacer más soportables sus condiciones de vida mediante el mejoramiento de su situación económica.

En aquellos países donde se acentúa y adquiere contornos de mayor gravedad la situación agobiante de la clase obrera es donde se presenta el ambiente más propicio para la propaganda de los agentes de inmigración que en cumplimiento de su misión hacen vislumbrar a los trabajadores las risueñas esperanzas de un cambio propicio a su bienestar mediante el rendimiento de su esfuerzo productivo en otros países con las alagadoras perspectivas de una aparente situación próspera.

Convenientemente dispuesta, esa propaganda rinde los frutos que de ella espera el capitalismo, induciendo a una cantidad considerable de trabajadores a abandonar el país donde están radicados con la esperanza puesta en el auspicioso porvenir que artificiosamente se les presenta como reinante en otros países por ellos desconocidos.

Sugestionados por la constante propaganda y constatando por otra parte su situación deprimente en el país donde habitan se les presenta como una tabla de salvación la idea de embarcarse rumbo a otras tierras de promisión, dominados por un gran optimismo los unos y calculando los más de que por mal que les vaya en otra parte nunca les podrá ir peor que en el país donde están radicados y quizás... con el cambio... la suerte les sea más favorable.

Llegan entonces estos trabajadores a los países inmigratorios con su caudal de ensueños e ilusiones.

Veamos ahora la situación que se les plantea, circunscribiéndonos a analizarla en lo que se refiere al país donde vivimos y que por lo mismo estamos en condiciones de verificarla mediante la evidenciación de los hechos.

El gran contingente de inmigrantes que a diario llegan al país lo componen trabajadores agrícolas y calificados de los distintos oficios e industrias.

Los primeros son distribuídos para la explotación en los inmensos latifundios del país donde son obligados a trabajar jornadas de sol a sol a cambio de salarios irrisorios, situación que esos trabajadores soportan con resignación acostumbrados como están a soportar toda clase de vicisitudes en sus respectivos países de origen.

Y cuando durante las alternativas de la labor agrícola se presenta una transitoria cesación de las actividades o hay exceso de brazos, esos trabajadores se ven obligados a deambular en procura de trabajo para subvenir a las más apremiantes necesidades.

Esta situación es aprovechada entonces por los capitalistas para obtener elemento de explotación al más bajo precio en beneficio del capital privado y cuyo acrecentamiento se considera el principal factor del progreso económico del país.

No es menos deprimente la situación en la que se refiere a los inmigrantes trabajadores industriales.

A su llegada al país quedan librados a su propia suerte, excepto aquellos que en muy ínfima proporción tienen coterráneos o parientes que se prestan a servirles de cicerones para orientarles en busca de ocupación.

En su inmensa mayoría son inscriptos en agencias de colocación privadas o bajo el patrocinio de instituciones capitalistas extranjeras desde donde son distribuídos a los distintos lugares de trabajo, fábricas, obras o talleres.

La situación afligente de estos trabajadores que su único anhelo es obtener ocupación, la explotan los capitalistas de las diversas industrias que consiguen de esa manera una abundancia de obreros en disponibilidad para el rendimiento de su labor a cambio de salarios exigüos.

En lo que se refiere a la industria del mueble nos es dado constatar el hecho que señalamos, en virtud del procedimiento puesto en práctica por muchos dueños de talleres y muy especialmente de aquellos carentes del control sindical, en los que se ocupan con preferencia obreros inmigrantes con jornales bajos y jornadas de trabajo excesivas.

Aparte de esto existe también la circunstancia de que en muchas casas en que se originan huelgas, ya sea para mejorar las condiciones de trabajo o para oponerse a las arbitrariedades de los patrones se intenta reemplazar a los huelguistas con obreros inmigrantes, a los cuales, por la dificultad de la diferencia de idiomas como también por ciertas modalidades derivadas del desconocimiento de la situación se hace muy difícil propagar las principios de solidaridad.

El creciente excedente de obreros determinado por el progreso del maquinismo y la técnica industrial, unido al aumento del contingente de obreros inmigrantes contribuye a crear un carácter de permanencia de la crisis de desocupación por que atraviesa el proletariado del país.

En el propósito de aminorar los efectos perjudiciales de este estado de cosas vienen siendo sugeridas algunas iniciativas tendientes a la adopción de ciertos medios de propaganda, que en el caso de ser puestos en práctica resultarían de todo punto inútiles por distintas circunstancias.

Tal, por ejemplo, la idea de propagar entre los inmigrantes que llegan al país los principios de la organización como también las condiciones de trabajo establecidas por la misma.

El obrero inmigrante, con las modalidades características de su país de origen, influenciado por una serie de prejuicios de todo orden fruto de la educación burguesa, no está de inmediato en condiciones de adaptarse a las normas de la organización obrera.

Por otra parte él viene impulsado por el deseo de satisfacer de inmediato su necesidad de proveerse del medio de subsistencia que no le es posible conseguir en su respectivo país.

El factor económico constituye para el inmigrante su única preocupación y ésta se antepone a todo concepto de orden sindical o doctrinario.

Inducido por el propósito de conseguir un beneficio exclusivamente individual, todas sus actividades al llegar al país están destinadas a la satisfacción de ese único propósito y por tal motivo es manifiesta su adversión a todo lo que signifique un impedimento al logro de sus fines utilitarios.

Llegamos a la conclusión de que los efectos del exceso de brazos aumentado con la continua llegada al país de grandes núcleos obreros constituyen un problema muy complejo que requiere soluciones muy distintas a las que determinan la adopción de simples medidas de propaganda entre los inmigrantes.

El problema de la inmigración debe ser analizado teniendo siempre en cuenta sus causas originarias que radican en las especulaciones de la política económica de la sociedad capitalista. El capitalismo—especialmente en los países de creciente desarrollo industrial como la Argentina—necesita siempre para sus fines de explotación de un porcentaje de obreros en disponibilidad para facilitar el mayor rendimiento de producción a cambio del menor costo de la misma.

Superar la producción, simplificándola y abaratándola para su exclusivo beneficio es la tendencia del capitalismo.

Lograr hasta el grado máximo esta aspiración significa para el capitalismo colocarse en situación ventajosa para hacer frente a la competencia en el expendio del producto manufacturado.

De ahí dimana su conveniencia en que exista siempre un excedente de obreros que supere a las necesidades de la explotación de la industria, dado a que esa situación influye en el mantenimiento de condiciones favorables al capitalismo, esto es: salarios bajos, jornadas excesivas, etc.

Al consultar sus exclusivas conveniencias, el capitalismo está inhabilitado para interpretar con ecuanimidad el problema de la inmigración ni ningún otro problema social, en razón de que ellos son efectos cuya causa radi-

LA LIBERTAD DEL COMPAÑERO BENITO SAYES

Es con la congratulación consiguiente a las buenas noticias, que nos es dado informar de la buena nueva que ha conmovido en lo más hondo los corazones proletarios.

¡El abnegado militante de la Federación O. Marítima compañero Benito Sayes ha recuperado la libertad!

Después de sufrir una condena de nueve años en la cárcel de Gualeguaychú, por haber dado muerte en legítima defensa propia al sujeto Villagra, jefe de rompehuelgas y matón profesional al servicio de los funestos desgnios del capitalismo, se incorpora nuevamente el camarada Sayes al seno de la familia proletaria.

Su prolongado cautiverio no ha influído ni un ápice en su espíritu de luchador consciente y tesonero, y al volver a integrar las filas de la organización trae el bagaje del arraigo de sus convicciones, que han guiado siempre sus pasos de sindicalista sincero y abnegado.

¡Digno y enaltecedor ejemplo de fortaleza moral que honra a la organización proletaria.

ACCIÓN OBRERA, *al noticiar jubilosa la grata noticia, expresa al compañero Benito Sayes su caluroso saludo fraternal, deseando que las demostraciones de solidaridad obrera puestas de manifiesto en la emergencia pasada, constituyan el aliciente para que el valiente camarada continúe aportando su valioso concurso en la noble y grandiosa obra de la emancipación proletaria.*

ca en la propia existencia del capitalismo, que arbitrariamente monopoliza los medios de producción.

El problema de la inmigración, como una de las consecuencias del flagelo de la desocupación obrera, no puede ser solucionado en la sociedad presente, por cuanto en ella está la raigambre de todas las arbitrariedades que soportan los trabajadores.

Para la organización obrera la atenuación de los efectos del exceso de brazos que determina la racionalización del trabajo, agravada por la persistente inmigración de un gran excedente de trabajadores, es una cuestión que obliga a reconocer la necesidad de una mayor capacitación y fortalecimiento de sus cuadros sindicales.

El obrero inmigrante, como el radicado de tiempo en el país, llega a reconocer los beneficios de la organización y las ventajas de su acción solidaria cuando palpa en carne propia las injusticias del patronato y la impotencia que determina la situación de aislamiento de los trabajadores para oponerse a las arbitrariedades del capitalismo.

Esta circunstancia debe tenerse en cuenta por la organización obrera para acrecentar el espíritu de rebeldía de los trabajadores a su situación de sometimiento.

Para ello es menester el fortalecimiento de las convicciones de los militantes merced a su mayor capacitación, con el convencimiento de que el sindicato necesita adaptarse a las circunstancias de la situación presente.

El sindicato requiere de los trabajadores que lo integran la mayor cooperación en la propaganda de sus principios.

Para amenguar la superabundancia de brazos es indispensable la mejor distribución del trabajo, disminuyendo la jornada de trabajo.

Y para lograr imponer esta condición es imprescindible contar con una sólida organización, cuya fuerza radique en la participación en la lucha de todos los trabajadores de la industria, impulsados por el arraigo de sus convicciones y el convencimiento del valor de su acción solidaria.

En base de este concepto, el sindicato ha de contar con grandes núcleos de militantes dispuestos a secundar la propaganda proselitista, concurriendo a las puertas de los talleres, fábricas y todos los lugares de trabajo, exhortando a los trabajadores a engrosar las filas de la organización, facilitando la acción que les incumbe realizar en pro del mejoramiento moral y económico de la clase obrera.

De la intensificación de la propaganda y la cooperación del mayor número de camaradas en la misma depende que el sindicato mantenga y acreciente el poder de atracción que fortalece su acción de conquista.

Sólo así se estará en condiciones de disminuir paulatinamente los efectos del arbitrario sistema del salariado, cimentando a la vez las bases para la emancipación integral de los trabajadores.

LA COMEDIA DE SIEMPRE

La maquiavélica propuesta de míster Kellogg ha tenido fortuna, y el famoso secretario de Estado, como padre del tan resobado proyecto, ha ganado de inmediato un puesto de primera fila en el mundo de la política gubernamental.

Los argumentos de los hábiles titiriteros diplomáticos son impresionantes y por ende suscitan los elogios de la «claque» que les secunda.

Mientras la farsa se representa en el escenario político, detrás del telón de fondo los expertos militares estudian nuevos proyectos de tácticas de ataque y defensa y se planean nuevas construcciones navales.

En el gabinete del químico se realiza el estudio experimental para la preparación de nuevos y más perfeccionados medios de destrucción y de muerte.

Y sigue la ronda del palabrerío huero y los «tratados» alrededor de la «fuente de la paz».

Lo evidente es, fuera del escenario de la comedia política gubernamental, que la tan decantada paz es un problema que rebalsa los límites de las posibilidades en la sociedad contemporánea.

El capitalismo no puede garantir la paz siendo él mismo un régimen en continuo pie de guerra.

Quien dice capitalismo dice privilegio, explotación del hombre por el hombre, robos de una clase en perjuicio de la otra; en otros términos: capitalismo significa guerra, aun cuando exista la «paz». Paz y capitalismo son términos antitéticos resultantes de una situación irreconciliable y que constituye el desbarajuste reinante en la actual sociedad.

X. X.

LA LEGISLACION BURGUESA Y EL SINDICATO OBRERO

Después de discutirse ampliamente, y dándole una importancia que en realidad no tiene, hemos visto aprobarse en la Cámara de Diputados la jornada legal de las 8 horas.

No obstante haberse sancionado como ley oficial, decimos que no tiene importancia porque no viene a alterar en absoluto la actual situación de la clase obrera en lo que respecta a la jornada de labor.

Para nosotros lo que ya hace 20 años que las trabajamos, no consideramos de ninguna manera aunque lo resuelva una Cámara, que pueda tener un valor real; más bien estamos obligados a creer que no ha sido discutido y aprobado por una voluntad parlamentaria, sino por una imposición de la clase obrera sindicalmente organizada.

Estamos plenamente convencido que si los trabajadores que se emplean en las diversas industrias y oficios no hubieran conquistado por su cuenta la jornada de 8 horas, no serían los burgueses del parlamento los que se mostrasen tan benévolos con los obreros; pero, en esta forma, ha resultado fácil sancionar en el parlamento lo que hace mucho tiempo han sancionado los trabajadores por medio del sindicato.

Nos atenemos a este criterio por razones muy fundamentales, y por la disparidad de opiones de los diputados al no aprobar en general para todos los obreros esta humana y lógica jornada de labor. Si son todos obreros, ¿a qué hacer excepciones entre la ciudad y el campo?, ¿entre el de industria u oficio y el agrícola?

Es por esta razón que no creemos en la bondad del parlamento los trabajadores, porque los hombres que lo componen no pueden ir en contra de sus intereses; nadie ignora que los diputados y senadores de este país son, casi en su totalidad, dueños de grandes latifundios; mejor dicho: son terratenientes. Lógicamente se explica entonces la oposición hecha por muchos diputados a sancionar para el obrero del campo la jornada de 8 horas. Esto será un hecho cuando estos obreros, al igual que los de industria u oficio, se dispongan a constituir sus sindicatos entablando la lucha para exigir y conquistar esta y otras mejoras que le son tan necesarias y a las cuales tienen el mismo derecho que los demás obreros.

Son curiosas y hasta cierto punto ridículas, las opiniones expuestas en la Cámara para sancionar estas excepciones, pero ninguna de ellas tiene la virtud del convencimiento por lo menos, para los trabajadores que saben perfectamente cuál es la misión que deben ir a cumplir en los parlamentos los hombres que dicen representar al pueblo, pero que sin excepción, unos van a defender sus intereses y otros su bienestar y mejoramiento personal.

Las mismas razones que existen para el obrero de la ciudad a disminuir la jornada de labor, existen para el obrero del campo; la maquinaria, la desocupación, y muy especialmente para este último que desarrolla un mayor esfuerzo físico que los demás, porque es más ruda la labor que realiza. Debemos hacer notar que nuestra opinión en este sentido es contraria a la que sostenían en la Cámara de Diputados algunos terratenientes, queriendo demostrar que el obrero del campo no se resiente por una larga jornada de labor argumentando que lo habían constatado con sus propios ojos.

Muy lejos estamos de suponer lo contrario; estamos convencidos de que se pasan la vida mirando cómo trabajan los obreros y esto le sirve de constatación sin duda alguna, pero esto no es nada más que una prueba teórica de las fuerzas que pueda tener un obrero del campo. Nosotros quisiéramos convencernos con una constatación práctica, como por ejemplo, aconsejando a uno de estos señores diputados que trabajase durante un año al lado de los obreros, con lo cual estamos seguros que al volver al Parlamento, tendría una oponión muy distinta a la que actualmente sostiene.

La jornada larga de labor en cualquier trabajo manual extenúa las fuerzas del obrero, máxime teniendo en cuenta el adelante de la maquinaria que, implantada en los lugares de producción, no ha venido a favorecer a nadie más que a los capitalistas; para el obrero ha tenido el valor de proporcionarle el descanso muscular, pero en cambio lo a convertido en el hombre máquina con respecto a la producción.

Se podrá argumentar que la maquinaria es una consecuencia del progreso, que es inevitable y que no podemos oponernos a ello, es casi un deber aceptarlo; pero también debe aceptarse entonces nuestro criterio, frente a este deber que nos desaloja de las fábricas y talleres y nos convierte a los hombres en máquinas, tenemos el derecho de acoplarnos al progreso exigiendo menos horas de labor.

Decididamente para los obreros debe plantearse el problema sobre esta base y en esto debe ponerse toda la atención necesaria si consideramos el grado en que ha llegado la perfección de la maquinaria y la desocupación como consecuencia de ella.

Es una cuestión fundamental para la vida misma de los trabajadores y nunca han de esperar éstos que han de solucionarlo en el Parlamento, porque es una misión ésta que no es de su incumbencia ni tampoco puede hacerlo. En cualquier país del mundo el Parlamento tiene que ser el sirviente incondicional del capitalismo, de lo contrario dejaría de existir. Indiscutiblemente la lucha será cruenta y costará muchos sacrificios a los trabajadores, pero es la única trayectoria que debemos seguir porque la situación y las circunstancias nos lo imponen. La jornada de 8 horas, y la de 44 horas semanales ya no son de ninguna manera las que deben imperar. Debemos tender a un horario más reducido y debe ser por la implantación de las 6 horas diarias.

Estamos expuestos con esta opinión a que algunos nos consideren unos ilusionados, pero nos bastará recordar que cuando la jornada de labor era de 12 horas diarias, nadie creía que llegase a ser una realidad el establecer las 8 horas diarias; sin embargo, no podemos dudarlo que esta aspiración de unos cuantos se consiguió.

Todo depende de la voluntad de los obreros dentro de sus organismos de clase. El sindicato obrero, y nadie más ha de ser capaz de realizar esta obra; la historia del movimiento obrero atestigua y reafirma nuestra convicción por esto consideramos que no obstante ser por ahora una iniciativa la implantación de la jornada de 6 horas, ha de llegar a ser una realidad.

J. R.

La higiene en los talleres

Un asunto que hasta el presente se le ha dado una importancia muy relativa es el que se refiere a las condiciones de higiene y comodidad para el trabajo, de que carecen una gran cantidad de talleres, especialmente los «boliches».

Sin embargo, es esta una cuestión que debe merecer la atención de los camaradas, si se tiene en cuenta que, agregado a las desmedidas exigencias de una excesiva producción, existe la circunstancia de tener que trabajar en lugares insalubres, lo que constituye un grave peligro para la salud física y moral de los trabajadores y sus respectivas familias.

Si los patrones, en su afán de lucro, no se preocupan por que sus talleres reúnan condiciones de salubridad, es necesario hacerles reconocer que los obreros no deben ser considerados seres inconscientes de los perjuicios que les acarrea la permanencia en talleres que pueden comprenderse como «viveros» de las más peligrosas enfermedades.

En los obreros debe estar arraigado el convencimiento del valor de su esfuerzo productivo en la sociedad, y en base de tal concepto es que deben considerarse con el pleno derecho a establecer condiciones humanas de vida y de trabajo en los talleres.

A menudo nos es dado oír a compañeros que se lamentan de las malas condiciones higiénicas del taller donde trabajan, que hacen mortificantes las horas que deben permanecer en esos verdaderos focos de infección.

Pero es necesario que se comprenda que con lamentaciones no se ha de conseguir evitar la situación que las motiva, sino con la acción práctica que las circunstancias aconsejan.

Así como se considera un derecho el respeto a la dignidad de los obreros y una necesidad la disminución de la jornada de trabajo, debe complementarse la interpretación del concepto, considerando como una necesidad imperiosa e impostergable el hacer que los talleres reúnan condiciones de higiene que hagan posible la permanencia en ellos sin peligros para la salud.

Del arraigo de esta convicción en la mentalidad de los trabajadores y de la acción solidaria en base de ese convencimiento, depende la desaparición de una buena cantidad de «boliches» instalados en locales que ni para guardar hacienda son apropiados.

INFORMES INTERNACIONALES

SUIZA

Una huelga de cuatro meses

Los trabajadores de la madera de la ciudad de Arau (Suiza) han salido victoriosos en su lucha de cuatro meses contra los empleadores.

El 10 de abril 140 obreros declararon la huelga ,después que sus reivindicaciones por el aumento de los salarios fueron rechazadas.

Sólo un fabricante en muebles consintió en establecer un nuevo contrato. En cuanto a los otros, recurrieron a los amarillos (carneros) y exigieron que el gobierno autorizara la entrada de rompehuelgas extranjeros. Los salarios pagados a los traidores sobrepasaban en mucho a las reivindicaciones legítimas de los huelguistas.

El 5 de mayo tuvieron lugar las primeras negociaciones con el patronato. Ellas no llegaron a ningún resultado, teniendo en cuenta que el patronato se negó a hacer concesiones, por mínimas que ellas fueran.

El 30 de mayo los poderes públicos propusieron a la prefectura de policía de intervenir en favor de las tratativas a iniciar. Allí todavía los empleadores rechazaron categóricamente la posibilidad de una entente. El 30 de junio la prefectura de policía tentó de nuevo a invitar el patronato a entablar conversaciones, pero nada se hizo.

A pesar de todo, los obreros de la madera se mantuvieron firmes. Los trabajadores de otras industrias, lo mismo que la población, se solidarizaron con los huelguistas. Gruesas sumas fueron invertidas para sostenimiento de la huelga; demostraciones y mitines de protesta tuvieron lugar. Los obreros de Arau, en número de 700, llevaron a cabo una manifestación ante el edificio de las autoridades públicas locales.

Sobre estos hechos el gobierno autorizó la entrada de traidores extranjeros, los cuales fueron transportados al lugar de trabajo en automóviles de los patrones. Una delegación designada por los huelguistas pidió la repatriación de los rompehuelgas; las autoridades, a guisa de contestación, enviaron pelotones de policía para proteger las empresas. La policía de todo el cantón fué concentrada en Arau, y los agrupamientos de huelguistas prohibidos. Sin embargo, las represiones gubernamentales no hicieron sino reforzar la cohesión y la actividad de los huelguistas, transformando la huelga de la madera en una huelga general de solidaridad de todos los obreros.

Al fin el gobierno y el patronato se vieron obligados a colocarse en el terreno de las concesiones.

El 13 de agosto los representantes de las partes se reunieron en la Cámara del cantón para negociar. Finalmente, adoptaron un contrato que reconoce el derecho a las reivindicaciones esenciales de los obreros.

Por consiguiente, la lucha de 4 meses fué coronada por el éxito gracias a la cohesión inquebrantable de los huelguistas y a la solidaridad obrera de otras industrias.

FINLANDIA

Por la ayuda a los trabajadores de la madera.

La Federación Finlandesa de los Trabajadores de la Madera se ha dirigido al Comité Central de la Federación de los Trabajadores de la Madera de la U. R. S. S. pidiendo ayuda para el movimiento huelguista de los trabajadores de la madera de Finlandia. El movimiento se ha reforzado particularmente en el curso de los últimos años, por la continuación de la incesante baja de los salarios reales, y engloba actualmente cerca de 6.000 trabajadores de la madera.

La Federación Finlandesa sostiene enérgicamente las reivindicaciones de los obreros, invirtiendo para ello fuertes sumas sacadas de su fondos de huelga. Los recursos de la Federación se han agotado, a pesar que la Federación debe todavía llevar una larga lucha contra el patronato.

Después de examinar el pedido de la Federación Finlandesa, el presidente del Comité Central de la Federación de los Trabajadores de la Madera de la U. R. S. S. adoptó, el 24 de agosto del corriente, la decisión siguiente:

«Inspirado por las consideraciones de solidaridad de clase internacional y teniendo en cuenta la situación difícil del proletariado en lucha de los trabajadores de la madera de Finlandia, el Presidium decide enviar a la Federación Finlandesa, para ayuda del movimiento huelguista, un socorro en especies de una suma de 1.000 rublos.

DEL PAIS DE LA PROSPERIDAD

¡SIN TRABAJO!

La peor de todas las enfermedades es no tener qué hacer. Siendo todo lo que existe el resultado del trabajo, no cabe duda que la falta de éste es abrir las puertas de la muerte, es dejar de existir, y el hombre—no por mero capricho, sino por necesidad—quiere existir, ya que no le es posible divorciarse de las leyes de que es hijo ni substraerse a sus propias necesidades.

Cuando no se tiene trabajo suele acabarse, en general, lo que se tiene que hacer. Cosa absurda, pero real. Hasta este extremo llega la influencia de una clase que, al ser dueña de nuestro estómago lo es casi de nuestro espíritu.

La miseria de los pueblos es el camino de la revolución, se ha dicho. Lo será; quienes así piensan es probable que se basen en algo fundamental y que sus opiniones sean producto de meditaciones serias. Pero así y todo permítasenos considerar tales opiniones un tanto problemáticas y nuestras dudas en cuanto a que la miseria sea capaz de algo y menos de hacer la revolución.

El que ve su hogar frío y sin pan, sus hijos famélicos envueltos en harapos y una mujer que busca en vano un consuelo para estas criaturas que vinieron a la vida como rosas y que ya marchitas se dibuja en sus rostros el sello de la muerte, ese hombre, si aun lo es, será un desesperado. Saldrá a la calle y robará, asesinará; será todo lo felino y bestial que queráis, y nadie que tenga corazón podrá negar la justificación de sus manos tintas en sangre, para evitar la muerte de sus seres queridos. Pero un revolucionario no es un desesperado, ni tiene nada de común con la revolución un puñal en la mano de un hombre semi inconsciente por el peso de horribles circunstancias, que tanto puede darle por hacer lo que él cree justicia, como por suicidarse.

La desesperación no es otra cosa que el producto de una debilidad, aunque parezca lo contrario. El hombre jamás se desespera mientras puede resistir, y si se rebela agotado, con la fuerza que le presta su propia debilidad, este hombre es un inconsciente, un enfermo que da golpes a ciegas como el que cae al agua y no sabe nadar, que lucha por vivir al mismo tiempo que se precipita en la muerte.

Hagamos por defendernos antes de tener el ataúd a nuestros pies. No esperemos a que la sepultura nos sirva de barricada.

Nos encontramos sin trabajo, y a esto le llamamos no tener nada qué hacer. ¡Equivocación tremenda y de no menos tremendos resultados!... El peor de los días será aquel en que nos reconozcamos sin tener qué hacer, lo que es tanto como reconocernos muertos antes de morir.

Salimos muy temprano de casa, en busca de trabajo que no hallamos. Anduvimos todo un día y regresamos cansados de trabajar en busca del que nos quisiera, hasta sin condiciones.

Durante este día acudimos a muchos sitios. Estuvimos en la feria maldita esperando un comprador. Vinieron algunos, nos miraron a todos, y después de soportar las puñaladas de aquellos ojos examinando nuestra musculatura, y seguros de su intención de palparnos lo mismo que lo hacen los compradores de seres de matadero, se llevaron unos cuantos; aquellos más gordos y más grandes, y según su minucioso examen, de aspecto más sumiso y carácter bondadoso. Debe ser que no tienen desbravadores estos señores y escogen ganado dócil, dijo con aire sombrío uno de los que tuvieron la desgracia de no ser comprados.

Después, uno a uno, como perro con el rabo entre las piernas, abandonamos la feria con la mano en nuestro propio ronzal. Así quedaron descongestionadas las calles de Main y Lexington, en White Plains, lugar de la feria maldita que se hace cada día.

Pero todavía queda mucho día; hay aún tiempo para recorrer otros mercados, enfrentarse con otros mercaderes. Y, con una dolorosa impresión en las entrañas, llegamos hasta las tiendas abarrotadas de mercancía humana, y que, de no ver en la puerta el título de *Employment Agency Co.*, se hubiera dicho de estos cuchitriles, todo hedor y todo humo, que habíamos entrado en una trasquilería.

Al frente del mostrador sucio y apolillado está un hombre robusto en mangas de camisa y remangado. Un delantal ensangrentado no más le falta para confundirlo con un carnicero.

Por el pequeño espacio y abriéndose paso casi a empujones, otro hombre, hermano en todo del primero, pregona con voz ronca y exhalando aliento todo alcohol y tabaco, de esta guisa:

—*I have tre best jobs, boys.*

Y metiendo la cabeza como un puerco por entre el montón de masa que mira fijo a la pizarra como si con la vista fuera capaz de estampar en ella un rengloncito con el *job* que quiere, este pedazo de tocino no hace más que pregonar y mirar si puede cazar el que necesita para el próximo timo.

Aquí ve el buen judío a uno. Lo agarra de un brazo. Allá, en un rincón, habla a otro, pero para no soltar la presa, se conforma con llamarlo con la mano.

Juntos los tres en un apartado, habla, y, aunque nadie los oye, todo el mundo sabe de que cuando vuelvan a salir y se dirijan tras del mostrador apolillado y se sienten en torno de una mesa, que es lo que se podría llamar una verdadera «antigüedad», el trato que entre ellos se ha hecho.

El remangado de adentro toma nervioso un talonario y escribe o hace una cosa muy parecida. Después coge veinte pesos que mete en el bolsillo; mete en dos sobres dos papelitos, y sin dar las gracias acostumbradas en otros *stores*, los entrega a los dos caídos, que salen muy contentos por haber sido preferidos.

¡Mañana no volveréis tan contentos!, hay quien adivina que piensa el hombre que parece paladear con la mano los veinte pesos allá en el fondo del bolsillo, pero éstos están seguros.

Allá a la subida de la escalera, un hombre de pequeña estatura habla enérgico en español. Escuchémosle:

—Aquí sólo dan empleo al que no sabe inglés. Estos son unos ladrones que aprendieron media docena de palabras de cada idioma para robar, en combinación con ciertos jefes de fábricas, hoteles o restaurants, o todo aquel que por dificultades de idioma no puede defenderse. Si queréis empleo os entienden hasta en chino, pero al venir de vuelta, porque el sitio indicado estaba ya «ocupado» o con otra disculpa cualquiera, no es admitido el enviado. ¡Ah!, entonces aquí no se entiende más que inglés, y lo que os darán a entender es que no volváis.

» De este modo o con análogas artimañas se os quedarán con los diez pesos que suelen cobrar. No ha muchos días estuvo aquí un francés que a duras penas entendía algo de inglés. Le dieron estos ladrones un trabajo para una fábrica de ácido. El primer día trabajó contento; el segundo ya no pudo empezar, pues el encargado le quería obligar nada menos que a cargar ciertas tinas empapadas en ácido, que, de echarse una al hombro, quedaría abrasado. Su protesta fué contestada con un *get your money*, y le pagaron..., pero no cinco pesos como le correspondía según los primeros ladrones: le dieron tres pesos y le dijeron: *it is so*, de propina.

» Nuestro francés se presenta al día siguiente en la agencia-guarida y reclama su dinero, sin saber explicar lo que ya aquellos ladrones se sabían de memoria. Le contestaron que esperara otro trabajo; pero como insistiera en que le tenían que devolver sus diez pesos, basándose en que al dorso del recibo decía que la ley..., que antes de tres días..., que tenía derecho..., etc., etc.

Al ver que sabía poco, pero que sabía algo, le piden el recibo, lo rompen y luego le contestan que le reclamara a la ley..., que esperara tres días..., etc., etc.

» Nuestro hombre se incomoda y apela a su francés para desahogarse un poco, pero pronto le dicen que está borracho y que si no se retira llaman la policía, la cual, dicho sea de paso, casi siempre sabe lo que tiene que hacer... en estos casos.

» De este modo y muchos análogos—continúa el orador voluntario—es cómo se roba en esta agencia.

Quien tal oye, no puede hacer otra cosa que meter sus manos en los bolsillos y salir sin mirar para atrás.

Un día más en busca de trabajo y sin conseguir encontrarlo... No tenemos trabajo, nos decimos.

Mas no es así en cuanto a no tener nada que hacer.

La feria rural de White Plains, brutal, grosera, en la que se hiere de una forma infame la condición de humanos que Natura nos diera; estas agencias de ladrones traficando con nuestra suerte de brazos parados; la jefallería, aumentando horas y disminuyendo salarios, al compás de mil abusos más; todo esto nos precipita en la miseria un poco cada día, es tener demasiado que hacer aun estando sin trabajo.

Si a esto no se pone remedio a tiempo y esperamos que el pauperismo nos dé prestada una energía ficticia para desesperarnos, después de nuestra dignidad atropellada vilmente, en lugar de hacer un aporte a la revolución, sonará en nuestros oídos la marcha fúnebre que señala el último caos de todos los ex hombres.

Al fin de la vía por que vamos, el abismo nos espera. Detenerse a tiempo es de hombres. Morir en la llanura abierta es preferible.

Nueva York, 1928. UNIVERSO.

La abolición de la guerra

Nada hay má hipócrita que la charla de los grandes poderes alrededor del desarme o limitación de armamento. Mientras están platicando entre sí, convocando «conferencias» para discutir la materia, proceden continuamente a aumentar las fuerzas del ejército y de la flota. Las «discusiones sólo sirven para hacer creer a la gente en las «buenas intenciones y miras pacíficas» de los distintos gobiernos y dar así a éstos el tiempo y la oportunidad para la preparación de una nueva guerra.

Los liberales que se dejen embaucar por esta trampa, a todas luces deben ser muy ingenuos. En cuanto a las masas, desgraciadamente son demasiado patriotas o necias—lo que viene a ser lo mismo en su esencia—para aquilatar el significado de la situación. La realidad es que todos los poderes actualmente están preparando de un modo intenso una nueva guerra en un futuro no lejano. Ya se oyen vociferar palabras levemente encubiertas sobre la inevitabilidad de otra masacre internacional.

El vigilante que durante todo el día no tiene otra preocupación que acariciar su machete, a la larga llega a sentir el escozor, un verdadero prurito, de probar su solidez en la cabeza de su prójimo. El individuo que adquiere el hábito de llevar un revólver cargado en su bolsillo, tarde o temprano hallará la oportunidad de emplearlo, generalmente más temprano que tarde. Esa es la psicología de una tal condición, y, en efecto, no se puede negar que ésta contiene una cierta «inevitabilidad» en sí.

Lo mismo sucede con respecto a las naciones y gobiernos—pues la misma psicología genera los mismos resultados.—Los hombres que componen los ejércitos y militarizan las flotas, no pudiendo dejar de ser hombres, entrenados en el arte de la matanza, fatalmente desarrollan en sí el deseo y la tendencia a la *práctica* de lo que han aprendido. Este fenómeno se intensifica aun más palpablemente en aquellos individuos investidos de autoridad—en los oficiales, mayores y generales,—los cuales no sólo esperan aplicar sus conocimientos y habilidades en guerra, sino que merced a tal aplicación logran conseguir mayores provechos, en rangos y honores, en cambio de un peligro menos personal que el de cualquier soldado raso. Añádase a esto la ineptitud mental creada por la educación patriótica y ese espíritu altisonante de todo establecimiento militar, y se obtendrá un explosivo de fabricación nacional que sólo necesita la mínima chispa de oportunidad o excusa para transformar la humanidad en un mundo de ruinas.

Esta es la situación en Europa, hoy día; y en el mundo entero también. La atmósfera política está repleta de oportunidades potenciales.

¿Qué puede hacerse para contrarrestar su fatal desenlace?

La agitación antimilitarista es una cosa buena y necesaria. Su importancia es vital para educar a las masas a efecto de reconocer el peligro de las guerras, su necedad y criminalidad. Mas, por importante que sea esta labor, no creo que podamos impedir la próxima guerra mediante esta actividad *solamente*. Primero, esta propaganda sólo alcanza a una pequeña minoría de gente; luego, su efecto viene casi anulado por la Iglesia, la cual siempre favorece a las guerras, y, por ende, intervienen la educación tendenciosa que cultiva el odio nacional y racial, la prensa burguesa que fomenta lo mismo y —más importante de todas—las condiciones actuales del capitalismo dominante.

En cuanto se refiere a ese último, millones de obreros están empleados en el mundo entero en la fabricación de materiales y municiones bélicas. ¿Acaso puede inducirles una prédica cualquiera a dejar su oficio? Tal vez logremos persuadir a unos pocos, pero las centenas de millares que sacan su sustento diario en la elaboración de los actuales preparativos bélicos, no pueden renunciar a sus ocupaciones, aun en el caso que nuestra propaganda pudiese alcanzarlas. Esperar eso es utopía.

Ahora bien; mientras se fabriquen implementos bélicos, lógicamente serán usados. De ahí que—y este ejemplo no es más que uno de los tantos—sólo la prédica moral *no* podrá nunca abolir la guerra.

Siempre ha habido en la historia movimientos de progreso humano tendientes a hacer mejor y más feliz al hombre, *mejorándolo a él*, en voz de mejorar las *condiciones* que le hacen sufrir. Tómese el cristianismo, por ejemplo. Por dos mil años exhorta al hombre a ser mejor, pero jamás ha levantado un solo dedo para darle la *oportunidad de ser mejor*. Esta es la razón por la cual el cristianismo ha batido el record de los fracasos. Después de veinte siglos de prédicas cristianas, el hombre no se ha vuelto «mejor» aún. Si vamos al caso se ha vuelto peor. En efecto: ha aprendido a leer y a escribir, se ha adornado con un barniz de la llamada educación; hasta aprendió a volar. Mas, todo esto se ha realizado sin la Iglesia, pues ésta siempre ha luchado contra los esfuerzos de la ciencia y de la educación popular. Si bien es cierto que el hombre puede volar en nuestros días, no es menos cierto que en cualquier sentido no se ha mostrado mejor que antes. Evidentemente, no es más racional ni más humano, a menos que la matanza a millones mediante la artillería moderna no sea más racional y humana que la extirpación de unas pocas centenas de seres con arcos y flechas.

La prédica antimilitarista sola no puede esperar un efecto más real sobre la vida y conducta humanas que el que tuvo el cristianismo. Prédicas morales que no sean complementadas con los inmediatos intereses materiales de las masas y que no ofrezcan la oportunidad de una aplicación actual, nunca pueden transformarse en una vital influencia sobre la conducta del género humano.

Quiero significar con esto que la propaganda antimilitarista *solamente* no puede impedir ni parar la guerra, mientras las condiciones existentes obliguen a los hombres a existir merced a la guerra y a los preparativos bélicos y mientras haya una necesidad capitalista que justifique la oportunidad de una guerra.

La agitación antimilitarista, para ser efectiva, debe empezar con los padres, seguir al niño en la escuela, alcanzar al obrero en las fábricas de municiones, cundir luego intensamente entre las masas, preparándolas para la solidaridad internacional y para el rechazo general de todo trabajo que sirva a la preparación y al servicio de la guerra.

Todo esto aun no sería suficiente para llevar a cabo una cesación de guerra, en cuanto existan el capitalismo y los gobiernos. Más importante que los métodos que acabo de mencionar es el esfuerzo tendiente a la abolición del mismo sistema de sujeción y explotación—el sistema de autoridad y esclavitud—sobre el cual descansa toda nuestra civilización. No basta con el capitalismo. Pues guerras hubo mucho antes que surgiera el capitalismo. Es la opresión del hombre por el hombre, clase por clase, nación por nación, que engendra la guerra. En breve, el espíritu de dominio y autoridad, de compulsión bajo cualquier forma que sea. Sólo cuando desarraiguemos este espíritu junto con las instituciones que permiten su ejercicio; sólo cuando se realicen enteramente la abolición del capitalismo y el derrumbamiento de todos los gobiernos, recién entonces podremos esperar de haber bregado a favor de la última guerra.

Mi convicción es que la abolición de los dos dioses Mamón y Marte, resulta más posible y práctico que el tratar de hundir el uno dejando intacto el otro; es decir, eliminar la guerra mientras premanezca de pie el capitalismo.

Mi convicción se basa en que la propaganda para abolir el gobierno y el capitalismo alcanza lo inmediato, los intereses vitales de cada día de los trabajadores del mundo entero. Agitación exclusiva antibélica no responde tan profunda y generalmente a esos intereses. De ahí que resulta factible inducir a miles de trabajadores para que paralicen su trabajo y se solidaricen con un movimiento de huelga por mejoras de salario. Aun más, puede organizarse una huelga general en una determinada industria o región a base de inmediatas mejoras de condiciones. ¿Podríamos, en cambio, organizar una huelga general en contra de los preparativos de guerra? Una huelga general contra la guerra significaría una revolución, y por *ésta* es que deberíamos trabajar.

Las reformas sociales, limitaciones de armamentos, Ligas de Naciones y otros esfuerzos similares son expedientes peligrosos que sólo sirven para confundir el camino real. No puede el desplazamiento de un gobierno y su subsiguiente substitución por otro realizar un real cambio fundamental en la vida social. Ni aun en el caso que este gobierno se hiciese llamar «proletario» y gobernase en nombre de la «dictadura de la clase obrera». Es la escena que debe ser cambiada, la escena en que tienen lugar las luchas nacionales y clasistas, la escena de autoridad y explotación. Y si este cambio tuviese que necesitar una guerra más, una revolución social, bienvenida sea esta guerra, de cuyo sacrificio ha de emanar la paz y la justicia.

ALEJANDRO BERKMAN.

No hacerse eco de afirmaciones de otros sin antes estar en condición de comprobarlas es signo de sensatez.

Cerrar los oídos a los argumentos contrarios será el indicio de carácter fuerte; pero a veces lo es de imbecilidad.

FEDERICO NIETZSCHE.

No se merece la libertad y la vida quien no es capaz de conquistárselas día a día.

GOETHE.

Por fábricas y talleres

LA IMPORTANCIA DE LA TARJETA SINDICAL

El sistema de control por medio de la tarjeta sindical para el ingreso en los talleres organizados reúne en sí condiciones benéficas que es dable constatar en las actividades de la organización.

Por la adopción del sistema de control de la tarjeta la organización está en condiciones de hacer que los asociados cumplan su deber como tales para tener derecho a ingresar a los talleres controlados por el Sindicato.

Aparte de esta condición ventajosa existen muchas otras que se constatan a medida que el control se va practicando.

Así, por ejemplo, con el sistema de la tarjeta se evita el ingreso al taller del elemento que con sus procedimientos o su actitud inconsciente o mal intencionada sea un obstáculo para la acción disciplinada y enérgica del personal para exigir del patrón el debido respeto a los trabajadores y el cumplimiento de las condiciones del Sindicato.

Además la tarjeta sindical hace posible el evitar los abusos patronales y contrarrestar sus arbitrariedades, puestas de manifiesto con el despido o reemplazo del personal sin causas justificadas.

La no entrega de la tarjeta a un asociado para ingresar a un determinado taller obedece al propósito de salvaguardar al personal de las artimañas del patrón o la aplicación de un correctivo aleccionador para el asociado, a fin de inducirlo a no incurrir en otras actitudes o procedimientos reprobables, como el que motiva la negación de la tarjeta.

La eficacia del control por medio de la tarjeta, ya sea para procurar impedir los abusos patronales como para inducir a los obreros al cumplimiento de su deber en defensa de los prestigios de la organización obrera y de la dignidad de sus componentes, ha sido evidenciado en innumerables oportunidades.

Reconocido como un sistema insuperable el control de la tarjeta, corresponde entonces hacer lo indispensable para que prevalezca con toda rigidez y se haga extensivo a todos los talleres de la industria, con lo que se conseguirá dotar a los respectivos personales de la cohesión necesaria para mantener invulnerables las condiciones de trabajo impuestas por la organización en los talleres organizados y hacer extensivas esas mismas condiciones a los actualmente desorganizados.

TALLER VIVES AGUSTIN

Normalizada la situación en este taller, después de la última huelga realizada por el personal, en lo que se refiere a la semana de 44 horas y al control sindical, se ha procurado mantener esas conquistas mediante el cumplimiento de su deber de consecuencia por parte de cada uno de los compañeros que integran el personal.

Habiéndose producido el hecho de que dos compañeros se excedían en las horas de trabajo, el personal se ha visto obligado a resolver la aplicación de un correctivo disciplinario por la falta de cumplimiento a la determinación del personal.

El correctivo consistió en que el importe de las horas trabajadas de más fuera destinado al fondo pro escuela de dibujo.

Se eximió de este correctivo a un compañerito medio oficial, en virtud de la falta de reflexión debida a su poca edad.

No obstante, se le llamó seriamente la atención a fin de que no incurra en otra nueva falta.

Ha prevalecido, pues, en este personal el concepto de la responsabilidad individual, para hacer respetar sus propias resoluciones.

TALLER GUASCH Y NARDI

El personal de este taller, en su última reunión, acordó disponerse a la acción indispensable para impedir que el trabajo de escultura, lustre y demás que tenga afinidad con la industria sea ejecutado en talleres no reconocidos ni controlados por el Sindicato.

Notificados los patrones de lo resuelto por el personal, consideraron conveniente aceptar dicha condición, por lo que el personal deberá estar sobre aviso para hacer que se cumpla el convenio establecido.

Han evidenciado, pues, los excelentes compañeros que integran el personal la exacta comprensión del valor significado por la unidad de propósitos para la acción de defensa de sus derechos.

TALLER BURGIO.—UN NUEVO TRIUNFO DE LA ORGANIZACION

Como hemos informado en su oportunidad, a raíz de la huelga producida en este taller en el mes de marzo del año actual y cuya duración fué de 20 días, la organización logró un triunfo en toda la línea, imponiendo las condiciones reglamentarias.

En esa ocasión, el personal, afrontando valientemente todas las contingencias de la lucha, consiguió regularizar la situación del taller, obteniendo como resultado de su acción solidaria la aceptación por parte del patrón de todas las cláusulas de un pliego de condiciones confeccionado al efecto.

Con posterioridad a la terminación triunfante de la huelga, una mayoría de los compañeros de ese personal se retiraron del taller, hecho que trajo como consecuencia un quebrantamiento de la fuerza del personal para mantener la conquista obtenida.

Cuatro compañeros que quedaban trabajando y que estaban en condiciones para realizar el control en el ingreso de nuevos obreros al taller fueron despedidos.

Coincidía este hecho con el traslado del taller, lo que facilitó al patrón el reemplazo del personal organizado por otro carente de esa condición.

Estimó entonces el mencionado patrón que su situación era ventajosa para sus conveniencias, y se reinició de nuevo ante la pasividad de algunos obreros la era de la falta absoluta de pago de sus salarios.

Después de un regular tiempo trabajando, algunos obreros, ante la perspectiva de no cobrar sus haberes, procedieron individualmente, recurriendo al Departamento Nacional del Trabajo para entablar la demanda correspondiente.

Hasta el presente esos compañeros no han conseguido cobrar por ese medio ni un solo centavo, con ser que algunos tienen entablada la demanda desde hace más de dos meses.

Otros compañeros entrevieron en cambio que había otro medio más expeditivo para regularizar la situación tan anormal.

Ese medio consistía en la organización del personal para imponerse por la fuerza de la acción solidaria.

El antecedente del triunfo obtenido por el personal anterior en la huelga sostenida con toda entereza, ponía en evidencia la eficacia del medio puesto en práctica en aquella oportunidad.

Con el convencimiento adquirido por virtud de la elocuencia del hecho precedente que mencionamos, cundió en el personal la propaganda para organizar nuevamente el taller, hasta que se llegó a una unanimidad de propósitos, que dió como resultado la realización de una reunión del personal, con la asistencia de la totalidad de los compañeros que lo integran, resolviéndose de inmediato la presentación de un pliego de condiciones exigiendo como condición para reiniciar el trabajo el pago de los haberes atrasados y la fijación para lo sucesivo de un día destinado para el pago.

Fueron designados al propio tiempo los delegados para entrevistarse con el patrón e imponerle de la resolución adoptada.

Iniciadas las tratativas de arreglo a pedido del patrón, éste solicitó a la comisión integrada por los delegados del personal y el secretario del Sindicato que expusiera al personal su propósito de arribar a un acuerdo mediante una transación especificada en una propuesta que envió a la Secretaría para ser considerada por el personal.

La transación consistía en abonar lo adeudado en dos cuotas, dentro de un plazo perentorio.

Considerada en última instancia por el personal la proposición del patrón, se resolvió transar en ese sentido, pero previo el pago de una parte de lo adeudado antes de reiniciar el trabajo.

Aceptado por el patrón este último acuerdo, el personal volvió triunfante al trabajo, habiendo quedado establecido el control sindical en el taller, designándose a dicho efecto los respectivos delegados.

Además se ha manifestado la decisión del personal a impedir todo abuso o represalia del patrón en perjuicio de los obreros. Una vez más se han visto frustrados los planes del patrón de conseguir el personal inconsciente que se someta a sus arbitrariedades.

¡Muy bien por el personal de Burgio! Y que la elocuencia de este triunfo sea el aliciente para mantener con firmeza y energía la posición conquistada.

BALANCE

SEPTIEMBRE DE 1928

ENTRADAS

Saldo—		
Saldo del mes anterior	$	7.995.75
Cotizaciones—		
Según estampillas confed. N.°:		
5701 al 7500 Serie D	»	1.800.—
8101 al 8300 Serie D	»	200.—
7501 al 7900 Serie D	»	400.—
8601 al 9000 Serie B	»	200.—
Estampillas solidarias N.°:		
17001 al 17100	»	100.—
Alquileres—		
De la U. S. A., septiembre	»	200.—
De la U. O. L., septiembre	»	40.—
Total	$	10.935.75

SALIDAS

Alquileres—		
Alquiler del local, agosto	$	430.—
Cotizaciones—		
A la U. S. A., septiembre: 2400 Serie D y 400 Serie B ..	»	260.—
A la U. O. L., septiembre: 2400 Serie D y 400 Serie B ..	»	208.—
Solidaridad—		
A Ebanistas del Risario	»	400.—
Gastos del delegado al Rosario.	»	116.60
Sueldos y jornales—		
Secretario General	»	242.—
Ayudante de Srectaría	»	100.—
Cobradores	»	440.—
Limpieza	»	100.—
«Acción Obrera»—		
8000 ejemplares de **Acción Obrera** mes de septiembre	»	285.80
1000 periódicos isrealita N.° 20 y 1000 hojas circulares	»	78.—
Por trabajos de imprenta	»	120.—
Porte Pago—		
Gastos de porte Pago	»	23.58
Electricidad—		
Consumo de energía eléctrica en el mes de agosto	»	48.05
Por un telefonograma	»	0.62
Gastos de tranvía—		
Gastos de tranvía para el Comité de Agitación y Secretaría ...	»	18.65
Utiles—		
De limpieza y encerado de pisos	»	42.45
Total	$	2.913.75

RESUMEN

Entradas	$	10.935.75
Salidas	»	2.913.75
Saldo que pasa a octubre	$	8.022.—

DISTRIBUCION

Activo

Saldo que pasa a octubre	$	8.022.—
Depósito garantía de alquileres.	»	2.000.—
Depósito garantía d esalones ..	»	100.—
Depósito garantía Porte Pago..	»	100.—
Depósito garantía C. H. A. D. E.	»	50.—
Préstamos a los com. P. Peter, P. Augusto y Broit Israel ..	»	110.—
Deuda Luis Nejamis	»	65.—
Total	$	10.447.—

Pasivo

Fondo pro escuela de dibujo ..	$	471.99

Resumen

Activo	$	10.447.—
Pasivo	»	471.99
Resumen	$	9.976.99

Luis Colombo
Tesorero

Meligeni Francisco
Contador

Comisión Revisora de Cuentas

Vicente Ocio. Juan Albenga. Pedro Guida.

De los talleres desorganizados

FALTA DE GARANTIA PARA EL COBRO DE LOS SALARIOS

Es un sistema que viene adquiriendo un carácter de rgularidad, especialmente en los talleres desorganizados, el no pagar los salarios a los obreros.

Es un riesgo muy grave para la seguridad del salario el trabajar en esos talleres que no ofrecen ninguna garantía de la solvencia del patrón.

El hecho que señalamos sugiere reflexiones que deben tenerse muy en cuenta para evitar ser víctimas de las malas artes patronales.

Evidentemente el pago de los salarios de los obreros en los talleres desorganizados está sometido al capricho o situación financiera del patrón.

Sin embargo, vivimos en un medio social en el que nada de lo que signifique proporcionar algo útil o necesario al prójimo se hace sin exigir el pago inmediato o en su defecto una garantía de solvencia que asegure el pago de lo adeudado en las condiciones convenidas.

Para alquilar una habitación se exije el depósito anticipado del importe de hasta tres mensualidades en garantía del pago regular del alquiler.

La adquisición de cualquier artículo, aun de aquellos más indispensables, depende del previo pago inmediato o de una fianza responsable a quien poder exigir la solventación de la deuda contraída por el adquirente.

Nada, absolutamente nada se suministra sin una garantía de solvencia que asegure al expendedor el cobro del precio de su venta, alquiler o contrato.

Los trabajadores estamos obligados por una parte a someternos a esas exigencias para obtener algunos de los elementos indispensables a la vida, y, por otra parte, no podemos tener la garantía de quien usufructúa de nuestro esfuerzo productivo, que es el único medio con que contamos para responder a las exigencias de los administradores de las mercancías.

Es paradojal la situación de los trabajadores ante el problema que se plantea en el régimen presente.

Exigencias de garantía para vivir, por una parte, y falta de garantías para cumplir con esas exigencias, por la otra.

LA CARIDAD

Tengo por injuriosa y contraria a la fraternidad humana la piedad del rico para con el pobre. Para hablarles de los pobres yo diría a los ricos: evitad a los pobres vuestra piedad; no saben qué hacer de ella. ¿Por qué piedad y no justicia? Estáis en deuda con ellos. Liquidad las cuentas. No se trata de una cuestión de sentimientos; es un asunto económico. Si aquello que graciosamente les dais es para prolongar su pobreza y vuestra riqueza, tal don es inicuo, y a pesar de las lágrimas que mezcléis en él no lo haréis equitativo. Hay que restituir. Vosotros hacéis limosna para no restituir. Dais un poco para guardaros mucho. La pobreza es indispensable a la riqueza. Estos dos males engéndranse mutuamente y se sostienen. No hay que mejorar la condición de los pobres; hay que suprimirla... Jamás induciré a los ricos a dar limosna, porque la limosna está emponzoñada; la limosna hace bien a quien la da, mal a quien la recibe; y en fin, porque siendo la riqueza de por sí misma dura y cruel, no es bueno que revista engañosas apariencias de bondad y de dulzura. Yo hablaría a los ricos para desirles: Vuestros pobres son vuestros perros, que alimentáis para que no muerdan.

ANATOLE FRANCE.

En la organización de los personales está el medio conducente a exigir el pago de los salarios, requisito indispensable para la subsistencia, puesto que al entorpecer por medio de la huelga el desarrollo normal de la producción se obliga al patrón a regularizar la situación mediante el pago de los salarios o, en caso contrario, a cerrar su taller si no está en la situación de solvencia necesaria.

El cumplimiento de las obligaciones por parte del patrón para con los obreros depende de la fuerza significada por la acción solidaria de los mismos.

Si no bastaran suficientemente las razones demostrativas de las ventajas de la organización bastaría únicamente percatarse de la impotente situación en que se encuentra el obrero aislado de la solidaridad de los de su clase para disponerse a adherir al respectivo Sindicato, aun interpretando exclusivamente sus intereses individuales.

A. S.

LA SEMANA DEL NENE

Bajo los auspicios de una institución denominada Club de Madres se realiza anualmente, durante el mes actual, una intensa propaganda de divulgación de conocimientos útiles para la buena crianza de los niños.

Por medio de esta propaganda se demuestran los perjuicios que para la salud necesaria al normal desarrollo del niño reporta la deficiente alimentación, el mal vestido, la vida en promiscuidad en habitaciones antihigiénicas, etc.

Se informa también de cuáles son los alimentos adecuados y cuya substancia proporciona las calorías necesarias al crecimiento del niño, e igualmente se hace notar lo conveniente de una habitación aireada para los mismos fines.

Como se puede ver, el propósito que guía a las beneméritas señoras del Club de Madres es aparentemente plausible.

Decimos aparentemente por cuanto la aplicación práctica de esos conocimientos que se procura divulgar depende de la situación económica de las respectivas madres.

En efecto: la propagación de las conveniencias de una buena alimentación, buena vivienda y demás significa para las madres proletarias una burda ironía.

Dependiendo su vida y la de su prole del escaso salario del obrero, que no siempre puede contar con él, la madre proletaria se ve obligada en contra de su instintivo propósito a prescindir de proporcionar a sus hijos los elementos indispensables para su natural desarrollo.

No es entonces por falta de conocimientos de las madres que a los niños proletarios no se les proporcionan los elementos naturales a que tienen derecho, sino que eso es debido a la absoluta imposibilidad de suministrárselos, a causa de la situación de permanente angustia que soportan los trabajadores, cuya carencia de recursos les impide cumplir con el deber de alimentar y educar debidamente a sus hijos.

La evidencia de este hecho viene a significar con toda crudeza la injusticia de un sistema social que priva a una considerable cantidad de seres humanos de proveerse de los medios de subsistencia que la naturaleza otorga para su equitativa distribución, prescindiendo de castas o clases sociales.

A buen seguro que las señoras integrantes del Club de Madres no tienen en cuenta al realizar su propaganda la circunstancia que apuntamos.

Es lógico que así sea si se considera que esa propaganda es consecuente con la moral de la burguesía, que aparenta una preocupación por los problemas sociales, que no pueden ser resueltos con aparatosos alardes de generosidad de los privilegiados de la fortuna, sino mediante la desaparición de la causa originaria de la injusticia social.

La preocupación de las «ilustres damas» por el problema de la niñez se reduce a una obsecuencia con los prejuicios religiosos y de clase que consideran justificada la desigualdad económica y, como consecuencia, un deber «sagrado» para los ricos otorgar dádivas caritativas a los pobres.

La moral hipócrita de la burguesía está reflejada en todos los actos de la clase privilegiada.

Al iniciar sus enseñanzas no se han preocupado esas damas más que de aparentar un espíritu de generosidad cuya insinceridad se demuestra en la circunstancia de pertenecer las mismas a la clase detentadora de la riqueza social.

Si nos detenemos a pensar que los esposos de esas damas pertenecen al círculo de los terratenientes, cuya riqueza está determinada por la mala distribución de los medios de subsistencia, que en razón de sus especulaciones agiotistas hacen que carezca una parte de la población del pan y albergue necesario a la vida; de los monopolizadores de la vivienda, que en su afán de lucro obligan a los trabajadores a vivir en los tugurios de los conventillos antihigiénicos; de los explotadores de la industria, que someten a los obreros a largas jornadas de trabajo a cambio de salarios irrisorios que perpetúan la situación de miseria de la familia obrera, no podemos menos que constatar que bajo el manto de una aparente generosidad se esconde el egoísmo de la burguesía con todos los prejuicios que constituyen la rémora de la sociedad presente.

Expuestas las necesidades, señaladas las causas que impiden satisfacerlas, corresponde a la clase obrera la solución del problema que únicamente puede resolverse mediante la distribución igualitaria de los medios naturales de vida.

«La semana del nene», el «día del niño pobre», etc., instituídos para demostrar la «generosidad» de los «ricos» ante la miseria de los «pobres», sólo demuestra la injusticia de clase de la sociedad presente.

La huelga de la F. O. Marítima

Desde hace varios días se encuentran en huelga los componentes de este organismo obrero contra la poderosa empresa de navegación Nicolás Mihanovich. Vista la disposición de lucha que se nota en los obreros esperamos que llegarán a conseguir un merecido triunfo.

Este conflicto, que ha sido provocado por la empresa, ha tenido la virtud de despertar en los obreros marítimos sus antiguas convicciones, no obstante haber creído, seguramente, la compañías que no quedaban ni rastros de la F. O. Marítima.

Sabiendo que se había emprendido una activa e inteligente campaña para la reorganización del gremio marítimo, la empresa calculaba que si se llevaba a la práctica se vería en la obligación nuevamente de afrontar la lucha con un organismo poderoso, del que todavía guarda no muy agradables recuerdos.

En una forma desordenada y torpe, la gerencia de la compañía trazó su plan de ataque, confiada tal vez en que saldría victoriosa en la contienda, debido a que se hallaba frente a un ejército que se reorganizaba, situación ésta que le pareció muy ventajova para el ataque y que con esto obtendría inmediatamente la derrota de los obreros, que se desmoralizarían con esta actitud.

Sin embargo, ha sido todo lo contrario; las tripulaciones de los barcos, desde el primero al último hombre, han respondido al llamamiento de la F. O. M. como lo hicieron en otras ocasiones, sin vacilar y dispuestos a demostrar nuevamente a la compañía Mihanovich que los sindicatos obreros, aun perdiendo sus efectivos en ciertos momentos, no hacen más que replegarse para aparecer de nuevo en la lucha, que ha de ser sin cuartel mientras exista las desigualdad social.

Es digna de mencionarse la actitud de la oficialidad de los barcos apoyando en todo a los componentes de la F. O. M., como también a la Federación en Construcciones Navales por la amplia solidaridad que han prestado, y de otros gremios que pueden afectar grandemente a los intereses de la compañía, uniéndose a los obreros marítimos.

Convencidos estamos que la compañía recurrirá a todos los recursos; mejor dicho, ya ha recurrido, como siempre, al disparatado cuento de las bombas, para ver si es posible que la policía intervenga, con el propósito de hacer fracasar la huelga.

No ha faltado tampoco la nota habitual en estos casos: la acción del rompe huelgas, del matón a sueldo de la compañía para provocar las situaciones de violencia y conseguir el encarcelamiento de activos militantes.

Pero, una vez más, esperamos que ante todos los procedimientos ruines y malvados de toda esa calaña de miserables, se impondrá la conciencia de los obreros marítimos, a quienes acompañan todos los trabajadores.

No se trata en el conflicto actual de una cuestión material: es un caso de dignidad moral, defendiendo la personalidad del sindicato obrero, para lo cual vemos a los obreros del mar, que así lo han comprendido, entregarse de lleno a la defensa, considerando que de la vida de la organización depende la vida de ellos mismos; y desde ya, conociendo de antemano la moralidad y el concepto de clase que tienen los directores de la empresa, seguros estamos que los obreros marítimos han de mantenerse en la brecha, dispuestos como siempre a mantener bien alto el prestigio de la F. O. M.

ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA

El VIERNES 2 DE NOVIEMBRE a las 20.30 horas se efectuará en el salón situado en ALSINA 2832 la ASAMBLEA trimestral para tratar la siguiente:

ORDEN DEL DIA

1.° LECTURA DE ACTAS.
2.° BALANCES.
3.° INFORME DE LA COMISION ADMINISTRATIVA.

Se encarece puntual asistencia a la hora indicada.

NOTA.—Es requisito indispensable para asistir a la Asamblea, la presentación del carnet sindical y no adeudar más de tres cotizaciones.

Octubre de 1928.

SABIDURIA INFANTIL

SOBRE RELIGIÓN

UN NIÑO Y SU MADRE

N.—¿Por qué la niñera acaba de arreglarse y me ha puesto el traje nuevo?

M.—Porque hoy es día de fiesta e iremos a la iglesia.

N.—¿Qué fiesta es?

M.—La Ascensión.

N.—¿Yué quiere decir «La Ascensión»?

M.—Significa que Nuestro Señor Jesucristo ascendió al cielo.

N.—¿Qué quiere decir «ascendió»?

M.—Quiere decir que voló.

N.—¿Cómo voló? ¿Sobre unas alas?

N.—No, sin alas; simplemente voló porque es Dios y Dios todo lo puede.

N.—Pero, ¿hacia dónde voló? Papá me dijo que el cielo es una ilusión; que allá no hay nada; están las estrellas y tras de ellas muchas más y el cielo no se acaba. ¿Dónde voló, pues?

M.—(Sonriéndose.) No todo puede comprenderse; hay que creer.

N.—¿En qué?

M.—En lo que dicen los mayores...

. . . .

M.—Anda, avisa a papá que nos vamos, y ponte el abrigo.

N.—¿Y después de la misa habrá chocolate?

L. TOLSTOY.

RETRAIMIENTO DE LOS MILITANTES

Desde un tiempo a esta parte se viene notando un gran retraimiento de muchos compañeros cuya actividad era notoria en tiempos no muy lejanos.

Camaradas activos que han asumido en muchas ocasiones la responsabilidad inherente a su actuación en la organización obrera, en la actualidad parece que no quieren compartir las tareas con los camaradas que se inician en la actividad sindical.

El retraimiento de los camaradas de responsabilidad trae como consecuencia un retraimiento, con el consiguiente perjuicio para la acción sindical.

Es, precisamente, en estos momentos de la desocupación, circunstancia que influye en el ánimo de muchos camaradas, desmoralizándolos, cuando hace falta la cooperación de los camaradas que mantienen latente el espíritu de lucha que debe predominar en la organización obrera.

Con estas reflexiones quiero hacer notar la conveniencia de que los camaradas avezados en la lucha cooperen con los nuevos militantes para que continúe siendo eficaz la obra de capacitación que incumbe realizar al Sindicato.

UN MILITANTE.

La asistencia a las asambleas más que un derecho es una obligación para todo asociado.

Circular N.° 2 de la U. S. A.

Informando sobre dos asuntos que deberán ser considerados por los Sindicatos adheridos, el Comité Central de la U. S. A. ha remitido a los mismos una circular que consideramos conveniente transcribir a fin de facilitar el estudio de las cuestiones en debate.

LA U. S. A. Y EL COMITE PRO CONFEDERACION SINDICAL LATINO AMERICANA

Remitimos la presente circular a los sindicatos a fin de darles cuenta de algunos asuntos tratados por el Comité Central y que requieren el acuerdo de los organismos adheridos. Uno de los asuntos más importantes, y sobre el cual el C. C. necesita conocer la opinión de los sindicatos adheridos, es el que se relaciona con la adhesión de nuestra central al «Comité Pro Confederación Sindical Latino Americana».

Como recordarán los compañeros, cuando el C. C. envió una delegación a la Unión Soviética para los festejos del décimo aniversario de la Revolución Rusa, nuestros delegados, al hallarse en Moscú, fueron invitados a una reunión de representantes sindicales de diversos países del continente americano. En esta reunión, aprovechando la presencia de representantes de Méjico, Cuba, Ecuador, Chile, Brasil, Uruguay, Argentina, etc., Lovssovsky planteó la necesidad de cambiar opiniones para ver si era posible la constitución de un secretariado provisorio Latino americano que hiciera la propaganda necesaria tendiente a hacer conocer las necesidades y aspiraciones de los respectivos proletariados, estrechar los lazos fraternales entre ellos y hacer ambiente para la preparación de una conferencia o congreso de los representantes sindicales en los países arriba mencionados.

En aquella reunión se puso de relieve que el organismo a surgir sería ajeno a toda cuestión de adhesión a ninguna de las internacionales existentes, tendiendo únicamente a relacionar estrechamente a los trabajadores de los países de habla castellana en primer término y luego a propagar la unidad dentro de una internacional única.

Nuestro delegación sostuvo el siguiente criterio: que apoyaba moralmente la proposición, haciendo notar que ya la U. S. A. en una oportunidad lanzó la iniciativa de la creación de una Federación Continental, poniéndose a tal efecto al habla con distintos organismos sindicales americanos, iniciativa ésta que no prosperó. Sostuvieron además nuestros delegados que no participar de ese secretariado por carecer de facultades para ello; que consideraban prematura la constitución susodicha por no ser más que la expresión de la voluntad de unos cuantos compañeros; que la U. S. A. tenía por norma consultar a los organismos que la constituyen antes de emprender un paso de esa naturaleza.

Primó el criterio de nuestros delegados en aquella oportunidad, firmando todos los presentes la siguiente declaración:

«Nosotros, delegados de los sindicatos de la clase obrera de la Argentina, Brasil, Colombia, Cuba, Méjico, Uruguay, Chile y Ecuador, que nos hemos encontrado en Moscú en ocasión del décimo aniversario de la Revolución de Octubre, nos hemos reunido en la Internacional Roja en fecha 11 de diciembre de 1927, y después de haber examinado el problema de la situación de la clase obrera y los sindicatos en los países de la América Latina, hemos llegado a la conclusión siguiente:

» Considerando la agresividad creciente del imperialismo de los Estados Unidos respecto de todos los países de América Central y del Sud así como su aspiración de transformar toda la América Latina en una colonia del capitalismo americano;

» Considerando que la Federación Panamericana del Trabajo—organización constituída por los líderes reaccionarios del movimiento sindical americano— no es otra cosa que un instrumento de Wall Street y de hecho un enemigo de las masas laboriosas, tanto de la América del Sur como de la América Central y del Norte;

» Considerando que el peso de la reacción reinante en los países de la América Latina es dirigido contra la clase obrera, y considerando que sólo los esfuerzos unidos de las masas trabajadoras de toda la América Latina pueden permitir oponerse tanto al imperialismo de los Estados Unidos, como a la agresión de la burguesía de los países latinoamericanos, nosotros decidimos por unanimidad:

» Proceder en todos los países de América Latina a los preparativos para unificar todas las organizaciones sindicales de clase en la lucha contra el imperialismo de los Estados Unidos, contra la F. O. P. A. del T., contra la ofensivas de las burguesías nacionales y por el establecimiento de estrechas ligazones fraternales con el movimiento obrero internacional, por la constitución de una internacional única de clase que agrupe a los sindicatos de

todos los países, de todas las razas y de todos los continentes, para luchar en común contra todas las guerras imperialistas y por la emancipación integral del trabajo del poder del capital.

»Los abajo firmados nos comprometemos a realizar en nuestros países respectivos todo lo que esté en nuestro poder para que a fines de 1928 y en Montevideo, sea realizada una conferencia de los sindicatos de clase de toda la América Latina con el fin de constituir un Secretariado Sindical Latinoamericano.

»Firmado: Tres delegados de la U. S. A.; un delegado por los Sindicatos Autónomos del Uruguay; un delegado del Sindicato Central Obrero de Colombia; un delegado de la U. O. Provincial de Córdoba (Argentina); un delegado de la Confederación Nacional O. de Cuba; un delegado de la Federación O. de Chile; un delegado de la Liga Nacional Campesina de Méjico; un delegado de la U. O. Local (autónoma) de Buenos Aires; un delegado de la Federación de los Ferroviarios del Ecuador y de la Federación O. de Chimbrorazo (Ecuador); un delegado por la minoría de los Sindicatos Revolucionarios del Brasil.»

Ahora bien: en el mes de abril último, a raíz del cuarto Congreso de la I. S. R. realizado en Moscú, hízose una nueva reunión de representantes sindicales latinoamericanos (a la que no asistió la U. S. A.), en la que se nombró el mencionado Secretariado Provisorio, compuesto por Llorca y Gómez por el Block de Sindicatos Autónomos del Uruguay, Rosas por la Federación O. de Chile, Contreras, por la U. O. Provincial de Córdoba, y quedando una vacante para la U. S. A., caso de que aceptara participar en dicho secretariado.

A raíz de la invitación recibida, el C. C. designó en su reunión del 28 de agosto al camarada Biondi, en caracter consultivo, a la reunión a efectuarse el 3 de septiembre en Montevideo. En la reunión precitada estuvieron presentes todos los componentes del Secretariado; se resolvió editar un quincenario dedicado exclusivamente a la propaganda de la organización sindical, haciendo abstracción de tendencias; además, editar manifiestos, folletos, etc.

Sobre las cotizaciones se resolvió que cada organización adherida aportaría de acuerdo con sus posibilidades.

Se informó además que en la reunión donde se nombró el secretariado provisorio se acordó a los fines de facilitar la propaganda, crear un subsecretariado en Méjico, y previa la propaganda necesaria convocar un Congreso para mayo de 1929 en la ciudad de Montevideo, por ser el lugar que ofrece más facilidades de entrada al extranjero (1).

El C. C., estudiados todos los antecedentes de esta proposición—que ha merecido sus simpatías desde la reunión preliminar realizada en Moscú—ha considerado no obstante que la U. S. A. no debe participar de los trabajos de ese Secretariado provisorio en virtud de que en su constitución se ha prescindido de las organizaciones centrales nacionales, lo que hará que ella esté supeditada a las resoluciones de organismos sin representación en el orden sindical internacional, creyendo conveniente, sin embargo, participar en el Congreso Continental a realizarse en mayo de 1929.

Por estas razones somete a la consideración de los sindicatos adheridos la solución del temperamento a seguir, es decir, si debe o no integrar el Secretariado provisorio Latino americano, como asimismo si debe participar en el Congreso Continental de Montevideo en el que se tratará la siguiente Orden del Día:

1. Informe del Secretariado Provisorio sobre los trabajos realizados.
2. Lucha contra los imperialismos inglés y yanqui y contra la reacción interior.
3. Actitud ante la C. O. P. A. del T.
4. Programa de reivindicaciones económicas.
5. Unidad sindical nacional e internacional.
6. Problemas de inmigración y emigración.
7. Problema de los indios y de la organización del proletariado agrícola.
8. Creación de la Confederación S. Latinoamericana.
9. Elección de las autoridades de la misma.

El C. C. espera que los sindicatos adheridos se expidan a la brevedad posible, por lo cual adjunta el formulario de voto que cada organismo deberá llenar y devolver a esta Secretaría.

(1) *El acta de esta reunión fué publicada en el N.° 380 de «Bandera Proletaria».*

SOBRE UNA PROPOSICION DE HUELGA GENERAL

El Congreso de la Federación de la Industria de la Piedra y Anexos, que se efectuó a principios del presente mes, se dirigió a la Unión Sindical Argentina en los siguientes términos:

« Compañero secretario de la Unión Sindical Argentina.—De nuestro mayor aprecio: Cumplimos con el deber de comunicar a esa entidad central la resolución adoptada por el Congreso de la Federación de la Industria de la Piedra, relacionada con la libertad del camarada Radowitzky y demás presos por cuestiones sociales, cuya resolución consiste en lo siguiente: Que el día 14 de noviembre del año actual deben los **trabajadores manifestar** su protesta, respondiendo a la huelga general a los efectos de ver de llegar a materializar tales aspiraciones.

» De más estará toda consideración al respecto, ya que los trabajadores conscientes de su deber deben intensificar la propaganda sobre la resolución adoptada por nuestro Congreso. Sin otro motivo, saludámosle fraternalmente. **Bogdan Vucomanovich**, presidente del Congreso.

» Nota: De más está manifestar que esa central se adhiera. Vale.»

El Comité Central, al considerar dicha nota, cumple con su deber en pronunciarse al respecto dando a conocer a los sindicatos picapedreros y demás organismos adheridos las siguientes consideraciones:

Jamás el Comité Central ha temido hacer frente a los acontecimientos de toda índole propios de la organización sindical, llevando a cabo huelgas parciales o generales. En este sentido se ha demostrado ampliamente la capacidad de lucha de esta central al pronunciarse contra la ley de jubilaciones y las repetidas huelgas de protesta contra la ejecución de los malogrados camaradasSacco y Vanzetti, y la U. S. A. ha mantenido latente el espíritu de lucha por la libertad de los presos por cuestiones sociales, cuya campaña en pro del compañero Mañasco aun se recuerda, y la última, según nota especial del 7 de agosto, en la que se realizaron actos, entre los cuales se contaron los efectuados por los picapedreros de la provincia de Córdoba. En fin, dejar constancia de la acción de la U. S. A., como en los conflictos de Rosario y en pro de la libertad de nuestros compañeros, sería obvio, puesto que es suficientemente conocida. Además, el comité central se ha ajustado a las resoluciones de los congresos, realizando todas aquellas gestiones que podrían dar por resultado los propósitos que se persiguen, como ser el pedido de indulto, a que tienen derecho los presos, por cuyo medio salieran tantos camaradas.

El comité central no puede declarar la huelga general para el día indicado por el congreso de la Federación de la Industria de la Piedra por razones fundamentales que no escaparán al criterio de los trabajadores federados. Precisamente en estos momentos que la U. S. A. se apresta a reconstruir sus cuadros sindicales; que la Federación Obrera Marítima mantiene un conflicto contra la compañía Mianovich; que aun no se ha dado término a la intensa agitación de los trabajadores de la provincia de Santa Fe y del litoral, los cuales están realizando movimientos que deben poner a prueba sus respectivos sindicatos, como en Rosario, Misiones, etc.

Lo que más urgente estima el Comité Central es la reorganización de los trabajadores, para lo cual tiene resuelto efectuar giras de propaganda por diversos puntos de la República, contando con delegados en Santa Fe, Misiones y otras localidades.

Conviene dejar constancia que, en lo que se refiere a la cooperación de los picapedreros, solamente se podía contar con los de la provincia de Buenos Aires, ya que los trabajadores de Córdoba, en su mayor parte, están las canteras paralizadas por falta de trabajo.

A pesar de todo, la U. S. A. proseguirá su compaña emprendida, instando a los sindicatos a realizar todos aquellos actos que las circunstancias oconsejen.

Sin otro motivo, saludámosle fraternalmente. Por el Comité Central,

PASCUAL PLESCIA.
Secretario General.

CUENTO VIEJO

Un muy amigo mío, que estuvo en Sobradisa, me trajo a su vuelta como regalo esta vieja historia escrito en portugues en un viejo papel. Otro muy amigo mío, quiso que la tradujera, pues, según su buen decir, aunque el cuento es viejo, Sobradisa es siempre nueva.

I

Juan Furriel había llegado de provincias, destinado al 5° de Caballeros del Arrojo, cuerpo de armas del ejército del soberano de Sobradisa, que por motivos de mojones o hitos que quitaban derechos antañales y cercenaban tierras de valimiento discutible, estaba en rabioso entredicho con su vecino de Dinamarca, rey de tanto orgullo y soberbia como él, pero uno y otro de tan buen meollo que sabían discernir que bastantes se tenían con ser cabezas de sus Estados y dirijirlos, resolviendo querellas y purificando honores en mancha, dejando para sus fieles y desinteresados vasallos, por qiuenes se devanaban los sesos, el que querellas y honores se aclaraban y pulieran con su generosa sangre y sus vidas sacrificables.

Eran los amos que disputaban una caza, y echaban sus perros para ganar el mejor derecho.

Juan Furriel era pastor, y en lo referente a s umujer, su rebaño, y su cobertizo, que eran suyos en el reparto que Dios hace para todas las vecindades, nadie tenía derecho sino su rey, a mandarle y quitarle, si a él le pluguiese, mujer, rebaño y cobertizo, pues, en la tierra, era el hombre más Dios, o mejor decir, el mismo Dios de las vidas y haciendas, de mandato y de derechos irrevocables.

Por aquel entonces, el de Sobradisa y el de Dinamarca, estaban en litigio de muerte, por quién era el soberano de la aldehuela de Argamasa, vecindad fronteriza de veinte casas y cincuenta aldeanos de poco más o menos.

—Es mía, decíale el uno al otro por medio de un heraldo de la corte que visitó la corte enemiga. Mis antepasados Lanusa y Artastús le ganaron en desigual batalla a los viejos vuestros antepasados.

—No, señor, replicábale el otro, con otro emisario palatino. Es nuestra porque su conquista fué un despojo de nuestros antiguos derechos conseguidos en Galitanea, la sin par batalla de los quince días y las quince noches, que dieron noche a los dos mil viejos guerreros servidores de mis abuelos.

Y mientras uno y otro se enardecían con la discusión de lo mío y lo tuyo, los Estados Mayores de ambos ejércitos reclutaban por los prados y oteros a los pacíficos y obedientes pastores, y afilaban las armas, como los *eportmen* de reñidero reclutan en los corrales las aves y afilan sus púas de acero, para darse a trueque de su valor y sus vidas, prez y caudal en las arenas de combate.

Como no se entendieron con misivas y palabras, los soberanos se dijeron como final del acalorado discurso:

—Tengo mis vasallos fieles como perros y llenos del honor de mi honor. Iremos a la razón de las armas, y las armas darán la razón a quien la haya.

—Yo también tengo los míos, y no son menos, porque la razón de su razón y de sus armas, es tanto o más que la de los vuestros.

Juan Furriel dejó el lugar y la familia, trocó su pellico y su cayado por el uniforme de caballería y el sable, y presto estuvo pronto para defender los derechos de su señor y rey, y disputar algo que éste quería soberanamente que se disputase.

—El rey lo manda, y hay que hacerlo. Y sin lamentarlo ni llorarlo, porque no era de vasallo fiel ni de patriota, gimotear por el valer de su vida, aprendió todas las cartillas de los deberes militares, y practicó todos los manejos de la esgrima de armas para el bien matar.

La víspera del día de la primera liza entre uno y otro ejército, oyó por centésima vez, por boca del ayudante mayor del regimiénto, el artículo inolvidable que decía:

« Todo buen vasallo que estima el honor y merita el gran mérito de la vida de su señor el rey, que Dios, su único soberano, guarde por muchas años, debe bregar sin volver la espalda, dando todo su esfuerzo y su sangre si es preciso, por contribuir al vencimiento de los reales derechos. Debe defender sus puestos, conquistar los ajenos, matar y destruir todo lo que su sangre y su vida concedieran. Los grandes hechos de armas, los esforzados sacrificios, se elevarán hasta su señor y soberano como buen vasallaje, y merecerán a sus omnipotentes ojos, satisfacciones honorables y recompensas de la proporción que su majestad avalore. Una flaqueza en el peligro, valdrá, sino el castigo de la vida, el mal nombre y los mancillajes que traen consigo la designación del cobarde».

Llegó la hora de la lucha. Los ejércitos de los señores de Sobradisa y de Dinamarca, chocaron y se batieron en desatado combate, todo un día y parte de una noche. Al fin, la buena suerte de los de Sobradisa, de donde Furriel era, les dió la razón de sus derechos venciendo a los fieles de Dinamarca, y aunque maltrechos y casi exterminados, los sobradisos se quedaron con la manzana de Argamasa, y su rey más alegre y satisfecho que dios agradecido, con su orgullo, su honor y sus muertos antepasados, limpios de todo polvo enlodador, y de toda paja de tacha, incomodo y vergüenza.

Los prados de sus dominios sangraban por todas heridas, se enlutaban por todas las soledades de sus aldeas sin aldeanos. ¡Pero qué importaba si los manes y los regidores de la casa real, habían sido vengados y satisfechos, y podían sonreír olímpicamente con todo acomodo!

Ya en los cuarteles, se hizo el recuento del 5.° de Caballeros del Arrojo. De quinientos números solo quedaban cuarenta, entre otros Furriel, que sucio, manchado de sangre enemiga, enceguecido aún por la exaltación de la lucha, se estiraba cuanto podía en la amenguada línea, satisfecho con haber cumplido con la voluntad de su rey soberano. Disputando un recinto ajeno, había muerto hasta quince enemigos. Su acción se destacaba entre todos los hechos de armas de la jornada. Por todas las bocas corría el nombre de Furriel, y la historia de su pujanza guerrera.

—Eh, chico! ¿Cuántos mataste?, le preguntaba un camarada con honorante palabra y encantada espectativa.

Y Furriel, con aire de modestia y con vibrante argullo interior, contestaba:

—No sé seguro. Creo que hasta quince.

—No seas tonto, Furriel. Dí veinte y cinco. Te premiarán holgadamente. Tu hecho vale la pena la mentira.

Cuando el ayudante mayor pasó revista y tributó alabanzas y premios, le hizo salir de las filas.

—Juan Furriel.

—¡Presente!

—¿Cuántos mataste?

Furriel titubeó entre la verdad y la mentira.

—Dí, veinticinco, le susurraron al oído.

—Veinticinco.

—Has merecido satisfacción del rey nuestro señor, y premio de su omnipotencia. Quedas nombrado y reconocido en toda Sobradisa, como sargento de las reales armas. Tu acción, tus muertos enemigos, serán mentados en cuarteles y bandos. Toma las ginetas.

Las cajas de redoble y las charangas sonaron un himno de guerra como homenaje, y después de romper filas, Furriel con los brazos laureados y abrumados de gloria por las insignias, no sabía qué hacer, si llorar o reir de contento. Sus camaradas le obsequiaban como enamorados. Furriel, aturdido, decía a todos que sí y daba gracias, y deseaba en su interior que hubiera pronto otra disputa para defender a su rey, que era el señor de toda su vida, desde su voluntad hasta su sangre.

II

El sargento Furriel, aseado, bien trajeado, rebosante de alegría, pidió permiso para llegarse hasta su lugar, dar contento a su mujer, y repasar el predio abandonado.

Y una buena mañana—vaya si la era buena para él que tenía honores y orgullo en su alma sencilla, caras y escasas satisfacciones de la vida—se largó el antiguo pastor de ganados a campo traviesa, urdiendo el hilo de su historia militar, para despampanar con su cuento a su buena mujer, al cura y a los abuelos de la vecindad, que se morían entre el husmillo de los trojes de las huertas, y la carroña de sus ovejas.

Pero, héte aquí que la dicha nunca es completa, y que de humana suerte es llorar después de una alegría y perder un buen sabor con un agrio inesperado.

Al llegar al sombrajo de su casa de teja, oyó la voz de su mujer que disputaba. Se arrimó a la puerta entreabierta y escuchó:

—¡Que no, que no! Mi marido no ha muerto. ¿Quién le ha dicho, padre cura?

—Dios, hija, que todo lo sabe. Él me ha contado que tus rebaños solos y tú sola no están bien. Que debes ser mía, porque soy el que está más en su gracia, y tú eres la más buena moza.

—No, si mi Juan no ha muerto. Me lo dice el corazón, que habla con Dios porque sabe querer. Y si soy buena moza, ¿a usted qué le va?

Hubo un momento de silencio.

—A mí, hija—tartamudeó el cura,—me va el que soy el ministro del Señor en la tierra, y Él me ha dicho que lo que el rey no quiere, debe guardarlo el cuidado de la Iglesia. Muerto Juan...

—Perdone, padre, pero eso es mentira...

—Muerto Juan, nadie mejor que yo en el mundo para darte protección y reparo.

Nuevo silencio.

—Bueno. Si Juan no viene, aceptaré su cuidado en nombre de Dios, pero de lejos, como lejos está el Altísimo. Mis rebaños me dejarán tirar de la vida...

Dentro de la choza de Juan hubo un nuevo silencio, y en el silencio se sintieron unos pasos y unos hipos de llanto. Después, sordamente, a media voz:

—Oye, Carola; tú sabes que eres la mejor que en el lugar Dios ha puesto. Tú sabes que

sola no podrás vivir. Yo vendré por las noches, sin que nadie sepa, cuando no haya luna o tramonto, y te daré mis consejos y la santidad de mis manos...

Se sintió un ruido de sillas que caen y pasos precipitados.

—¡Salga, padre—gritó Carola.—¡No me toque! Usted está injuriando a Dios con el pecado. Si se acerca, llamaré al abuelo Pedro.

El cura, con voz suave, con humildes palabras, habló entonces:

—No seas así, hija mía. Es la voluntad del Señor y tú debes ser buena sierva de él. Juan no viene... la gente no sabrá...

El sargento Furriel, temblando de ira, enceguecido, no pudo escuchar más, y abrió la puerta. El cura y su mujer quedaron inmóviles, mudos, como ante un fantasma que surge.

—¡Lo he oído todo, padre!—dijo Juan levantando los puños.

—¡Lo has oído!... ¡Dios me valga!...—y arremetió contra el marido de Carola.

Hubo una breve lucha. Furriel sacó su sable, apretó la redonda garganta del ministro de Dios, y como había muerto enemigos allá en Argamasa, le mató de una estocada.

III

En el salón de audiencias de Sobradisa, el consejo de guerra, viejos guerreros llenos de galones y alifafes de la edad, sentados en derredor de una mesa entarimada, juzgaban al sargento Juan Furriel, acusado de homicidio.

—Juan Furriel—dijo uno;—por lo que consta en legajos, habéis muerto con vuestro sable, que el rey os ha confiado para su defensa y buena honra, al padre párroco de Calasina, Bienvenido de la Cerda, que Dios lo tenga en su santa guarda. ¿Lo confesáis?

—Lo confieso. Pretendía hacer caer en pecado a mi mujer.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo oí.

—Es imposible. Tú mientes. Un ministro del Señor no falta a nadie.

—Eso deben y eso creía. Pero, yo lo oí...

—De cualquier manera, no debías haberlo muerto. Has cometido un homicidio; has matado.

—Por defender a mi mujer. Por defenderme.

—No importa. Uno no es de uno.

—Por defender a mi familia.

—No tenéis familia.

—¿Y mi cariño?

—No hay cariño.

—¿Y mi honor?

—No hay honor. La familia, el honor y el cariño son del rey, son del Estado, no son vuestros; a ellos solos debéis defender, por ellos sólo debéis sacrificaros. Se os condenará a presidio por la muerte de un hombre.

El sargento Furriel pasó una mirada de espanto por el jurado. Luego vió sus ginetas, y exclamó con un gesto de rabia:

—Entonces, ¿por qué tengo estas ginetas?

—Porque habéis defendido con honor al rey nuestro señor.

—Porque he matado.

—Lo sabemos.

—Fueron hasta quince.

—No, veinticinco. Sí, lo sabemos. Por nuestras manos pasaron vuestras insignias.

—Entonces, vosotros y el rey, admitís y premiáis sólo las muertes que se cometen en vuestro nombre. ¿Nosotros no tenemos derecho, no tenemos disculpa, no tenemos razón?

—Ninguna. En nombre del rey y de las leyes se puede matar, y se premia. En nombre de uno mismo se condena. El pueblo es del soberano, no es del pueblo, no es de vosotros, que sois sus vasallos.

—¡Eso no puede ser! Si defiendo con mi vida a un rey que no conozco más que de oídas; si defiendo una razón que tampoco conozco, ¿cómo es que no puedo dar mi sangre y mi justicia a algo que es mucho de mi existencia, porque es mi cariño, porque es mi vergüenza, porque es mi nombre?

—¡Ah, no!, dijo uno del jurado.

—¡Pues si matando en nombre del rey me dan lauros, y en nombre mío me condenan, perded cuidado, señores usías, que en cuanto salga de la cárcel trataré de matar en nombre del soberano tanta gente, que de un golpe tendrán que hacerme general!

—¡Que se calle!—interrumpió uno del consejo.

—¡Que no me callo!—gritó valientemente Furril, y mientras los de la guardia, compañeros de guerreo y camaradas de cuartel lo detenían y lo zarandeaban, él continuó:

—Hay que ser asesino sólo en nombre de vosotros, los que dirigen, los que gobiernan con el capricho de sus pensamientos. ¡Nosotros, el pueblo, los pobres vasallos, no tenemos derechos, ni razón, ni voluntad!

Hizo un silencio, y sonrió mordiéndose los labios:

—Vosotros debéis haber sido grandes asesinos. Debéis haber muerto mucho más que yo... Vuestros dorados son los lutos de los vasallos de Dinamarca. Vuestros galones cuentan los surcos donde habéis cavado la fosa de las generaciones vencidas. El dolor y la sangre ajenas han sido el brillo y la luz de vuestros laureles... La guerra, es decir, la muerte de los demás, la caza del hombre, el juego de la bestia despierta al instinto, os da la vida, os trae la gloria, os aumenta la felicidad y es vuestro porvenir. La paz, la bendita paz del trabajo y del amor entre el uno y el otro, entre el amo y el criado, entre el pequeño y el grande, entre el hombre y la bestia es vuestra desgracia, es vuestro odio, es vuestro eterno rencor, porque os anula olvidándoos y despreciándoos. Cizaña de la humanidad, máquinas de los apetitos y de las destrucciones, vuestros pedestales se levantan sobre el eterno dolor de los vencidos, y el sol, para vosotros, sólo tiene aurora en los infinitos cementerios de la guerra. Aves de rapiña, cuervos maquiavélicos, vivís de la carne muerta de vuestros cadáveres... Asesinos triunfadores, yo os saludo con todo mi asco y con todo mi desprecio.

Por todo el viejo auditorio de jueces corría una nerviosidad y un sordo bramar. Unos enrojecían bajo las blancas barbas, y otros se restregaban los flancos por donde corrían como arañazos de aguja la pertinaz gota y la ataxia despierta por la impotencia indignada.

Jurando y temblando de instintos rebosantes, se levantaron uno a uno los ancianos servidores del reino, y se fueron por una puerta escondida, como huyendo de la voz terrible de aquel campesino militar, que arrancaba a pedazos la verdad hundida en el fondo de un pozo milenario, para arrojarla a sus yertas canas, como piedras lapidarias.

Juan Furriel, al fin, solo entre los guardias, pasado el terrible acceso de indignado coraje, yacía desgonzado en el banquillo de la condena.

Al rato, un secretario, con un legajo en las manos, leyó con voz de señorita:

—Juan Furriel, por la voluntad del rey y del supremo consejo de guerra, quedáis condenado a la pena de cadena perpetua.

Juan la oyó silenciosamente, y después, sonriendo, dijo con toda su ironía:

—Señor: Haced la merced de decirles a vuestro rey y a mis jueces, que les agradezco las cadenas, pues me han evitado que fuera más asesino para toda mi vida.

MANUEL MEDINA BETANCOURT.

EL OCASO DE LA SOCIEDAD BURGUESA

EL PROBLEMA

(Continuación)

Los escritores de la época nos describen el abandono, la desesperación de las clases dirigentes, el declinar de todas las instituciones, desde la del ejército hasta la de los esclavos, el incremento de la miseria y la dislocación de todo lo que había parecido hasta entonces coherente y vivo. El Imperio, que cubría un vasto espacio del mundo, no era más que algo así como un cadáver. Los que lo habitaban asistían impotentes a su descomposición y sin intentar nada para salvarle. Su salvación era considerada una quimera y todo el organismo estaba disociado.

La sociedad europea de este período del siglo XX nos ofrece fenómenos análogos a los de hace mil quinientos o mil seiscientos años. Basta con estudiarlos desde cerca para discernirlo. Pero reflexionando acerca de los estados contemporáneos advertimos que, a despecho de sus esfuerzos para levantarse, no tiene más que un armazón disociado y desvencijado. Sus instituciones funcionan rechinando. El poder ya no es incontestado; los servicios que aseguran su vida y su actividad le exponen a cada instante a declararse en quiebra. La salud ha desertado de esos grandes cuerpos que buscan muelle y vanamente curarse.

V

Pero si algunas afinidades se manifiestan entre la caída del imperio romano y la decadencia del régimen capitalista, y si la historia debe mostrarlas, algunas diferencias solicitan también nuestra atención y no podrían ser descuidadas.

Si bien el aniquilamiento del imperio romano fuí así una sorpresa, nadie había previsto el caos que siguió ni la forma de las instituciones que se instalarían. En ninguno de los escritores del III y del IV siglos se encuentra un cálculo de lo porvenir, una especulación acerca del estado político y social que podría establecerse. Ni las relaciones de las clases, ni las modalidades de la economía, ni la contextura del orden público después del derrumbamiento dieron lugar a hipótesis fundadas. Habíase previsto que se produciría un creciente desorden, ruptura de un organismo, pero los presentimientos, las instituciones, no iban más allá. Ningún plan había sido elaborado con atención, y esta laguna se explica muy bien sin que sea necesario insistir.

Nosotros tenemos otras ambiciones. Pretendemos discernir en el mundo de hoy las grandes líneas, el plan del mañana. Sabemos por el estudio del pasado que hay una lógica de las cosas, un encandenamiento de los fenómenos, y que una forma social nueva está en constante devenir en la forma social de la víspera y que surge en virtud de un proceso natural. Así como existe un lazo de causa a efecto entre la esclavitud y la servidumbre, la servidumbre y el salario, así como el capitalismo nació de la organización que le ha precedido así la disolución del capitalismo debe terminar, por la liberación de los elementos que reunía, en un orden nuevo que no se introducirá al azar, sino conforme a reglas determinadas. En el paso de un estado a otro hay siempre forzosamente incógnitas, por ejemplo, la naturaleza, la amplitud, los efectos de los progresos científicos que podrán acaecer; mas estas incógnitas no son de naturaleza esencial. Sea lo que fuere lo que suceda, la desaparición del capitalismo abrirá el campo al advenimiento del proletariado, la única clase que no ha ejercido universalmente el poder, la que en todos los países representa todavía la mayoría subyugada y compelida al trabajo por los otros.

Nadie ha profetizado la muerte de la civilización antigua en el momento en que nacía, ni tampoco en el de su florecimiento; nadie entrevió el fin de la organización feudal cuando hubo alcanzado la plenitud de su desarrollo. Pero, a la inversa, el capitalismo había echado apenas sus primeras bases, apenas comenzaba a manifestar su vigor y sus ambiciones en algunos países, y ya algunos entreveían su fragilidad y las revoluciones que engendraría, y también el sistema que podría sucederle.

A fines del siglo XVIII, en el momento en que la gran burguesía lisonjeábase de señorear, de detener el movimiento histórico del cual se había beneficiado, Gracchus Babeuf anunciaba otra revolución, y por haber evocado la sociedad comunista era condenado a muerte y ejecutado. En las primeras décadas del siglo XIX los escritores del socialismo utópico analizan la estructura del sistema capitalista definitivamente asentado; señalan sus taras y sus gérmenes de muerte, preconizan y delimitan un régimen nuevo. Se los denominó utopistas porque creyeron en la posibilidad de una transformación social que cumplirían de concierto, en un arranque de fraternidad, las clases dirigentes y las masas asalariadas y que libertaría a éstas de la tutela económica de aquéllas; pero comprendieron, al mismo tiempo, y sus previsiones subsisten a pesar de todo, que el antiguo sistema feudal habíalo substituído un nuevo feudalismo que en el curso de los tiempos aboliría.

Escriben en un momento en que, según la encuesta célebre de Villarmé, los hombres, ganaban, término medio, 750 francos por año en Alsacia y 280 las mujeres, en que el salario ascendía a 460 y 615 francos en las hilanderías de Saint-Quentin, en que el salario cotidiano era de 1,25 fr. en Ruen y de 0,90 fr. en la campaña de Ruen, en que en Tárage los adolescentes recibían menos de 15 fr. por mes, en que las jornadas de labor llegaban a 14, 15, 16 y a veces 17 horas, en que las tres cuartas partes del proletariado no podían subvenir a sus necesidades más elementales.

Luis Blanc, en la «Organización del Trabajo», demostraba que la concurrencia conducía directamente a la eqterminación de los pueblos; comentaba el delito que había en ello; establecía que en la sociedad tal como estaba constituída los ferrocarriles, las máquinas, los martillos-pilones, en vez de mejorar la suerte de los hombres, les aportaban una recrudescencia de la miseria. Concluía que Francia, Inglaterra y otros Estados sentían la guerra civil elaborada en su seno: «La suerte del hombre del pueblo. que no puede ni sembrar, ni recoger, ni cazar, ni pescar, ni mendigar, ni dormir sobre el pavimento, llegó a tal punto, que le es preciso suicidarse o mataros.» Para evitar tales extremos instaba a los privilegiados a renunciar a sus privilegios. Por lo demás, Luis Blanc, moderado, reformista, republicano, estatista, como diríamos nosotros, y que estuvo contra las muchedumbres parisienses en las horas de las luchas armadas, no podría ciertamente pasar por revolucionario.

Vidal, colaborador de Luis Blanc y cuyas concepciones eran análogas a las que acaban de ser evocadas, escribía: «Los que de aquí a mil años leerán nuestro Código de procedimientos, nuestra Guía de leyes, que contarán los millones de arrestos, de juicios, de delitos y de crímenes causados por la propiedad, por disputa de intereses, se preguntarán con asombro cómo una sociedad semejante ha podido subsistir, pero se asombrarán aún más al saber que la asociación, cosa tan simple, tan natural, tan fácil de realizar, ha sido considerada por los grandes espíritus del siglo XIX como una quimera, como una locura.»

Pecquer reclama una recomposición total de la sociedad: «El dejar hacer es para el siglo XIX lo que ha sido el dejar hacer guerrero de los señores de los siglos VIII y IX; es todavía el preludio de un feudalismo, es la agonía de la igualdad, de la libertad, de todos los principios, de todas las promesas de la revolución de 1789.» Y además decía: «No debe haber en la nación más que un solo capitalista: el Estado, el pueblo en sus representantes, el suelo nacional y todos sus instrumentos de trabajo deben pertenecer a todos y a nadie. Elos son regidos, explotados y empleados bajo la suprema dirección de los poderes representativos.»

He tomado estos tres publicistas diversamente conocidos o célebres; hubiera podido tomar otros, en Francia o fuera de ella. No se trata aquí de analizar sus obras, ni de juzgar sus doctrinas, sino de recordar que hace tres cuartos de siglo, en el primer estadio del desarrollo de la gran industria, muchos espíritus cultivados discernían el advenimiento inevitable de una forma social nueva que habría de dimanar del estatuto entonces en vigor de una manera espontánea. Es curioso que una estructura apenas consolidada, antes de que hubiera alcanzado todo su vigor y toda su complejidad, sea tenida por profundamente viciada y condenada a una rápida decrepitud. Y, hay que repetirlo, los que formulaban a su respecto los juicios que se acaban de leer, en cursivos y muy insuficientes extractos, no eran revolucionarios. Muy por el contrario, se lisonjeaban de ahorrar al mundo nuevas revoluciones si eran escuchados sus consejos. Eran triplemente utopistas: en primer término, porque se expresaban como si la nueva clase revolucionaria, el proletariado, que debía de desempeñar el mismo papel de la burguesía antes de él, estuviera enteramente formada y presta a combatir a pesar de su juventud y la exigüedad numérica de sus elementos en seguida, porque pensaban debilitar la oposición de clases por un reagrupamiento de las clases que se hubieran concertado para librar a los trabajadores; finalmente, porque la experiencia de la historia no había alcanzado a mostrarles que la influencia del medio económico es siempre preponderante en los acontecimientos y que se fracasa cuando se pretende no prestarle atención.

La concepción del socialismo científico difería esencialmente de la del socialismo utópico; no porque el valor de los elementos críticos aportados por Fournier, Considerant, Peaquer, etcétera, haya sido mal conocido por Marx, Engels y sus discípulos, sino porque el socialismo científico proclama el antagonismo de las clases contando exclusivamente consigo, es decir, con la revolución, para derrumbar el sistema capitalista. En lugar de acunar la esperanza de una reconciliación entre clases sociales, en lugar de tender a algo así como la noche del 4 de ogosto de la burguesía, ponía en las solas manos del proletariado la responsabilidad de lo porvenir.

Era ésta su primera característica; había otra, no menos decisiva, y debemos detenernos particularmente aquí. Los utopistas tenían fe en la justicia, en la fraternidad, en toda una serie de entidades que ningún influjo ha tenido en la evolución histórica. Los socialistas científicos rechazaban todo sentimentalismo y volviendo a los factores económicos que gobiernan las grandes transformaciones, las revoluciones pasadas y futuras, buscaban únicamente en la expansión del capitalismo la causa de su disolución. En una palabra: libertaban al socialismo de la metafísica nebulosa que lo había envuelto hasta ellos; proclamaban el carácter inevitable de la revolución y, en vez de conjurarla, la aplicaban a prepicipitar su fin. No puede menos que constatarse que los utopistas estaban en desacuerdo con su crítica del mundo, en tanto que los escritores del socialismo científico hacían derivar lógicamente sus conclusiones de sus premisas.

La idea de la revolución proletaria, de un ca-

Dr. M. Nettlau
Lazarethgasse 32,III 122
VIENA IX.
(Austria)

PORTE PAGO

Acción Obrera

ÓRGANO OFICIAL DEL SINDICATO O. DE LA INDUSTRIA DEL MUEBLE

Redacción: Rioja 835 — BUENOS AIRES

EL GRAN NEGOCIO

Nuestros obispos, nuestros pastores...
se sacrifican los monseñores,
como el vicario o el sacerdote
y como el fraile y el monigote...

Venden bautizos y aguas benditas,
venden sermones y medallitas,
venden cilicios, venden sudarios,
y comuniones y escapularios,
palmas y olivos contra tormenta
y otras mil sosas que el Papa inventa...
Sin que se agoten los artificios,
aguas de Lourdes, misas y oficios...
diezmos, derechos de enterratorio...
y pasaportes del Purgatorio...
huesos, reliquias, cruces, pendones,
y por tarifa, ¡las oraciones!
Por plata sacan almas en pena
con un rosario o una novena.
¡Plata, si ríes! Si lloras, ¡plata!
Lo mismo al vivo que al que se mata.

¡Todo es vendible, todo es dinero,
con lo que esquilman al mundo entero!
¿Qué estáis alegre? ¿Que estáis contento?...
«Tedeum Laudamus» en el convento!
¿Pierdes un deudo a quien tú quieres?...
¡Pues funerales y «misereres»!...

¿Vienes al mundo?... ¡Paga, villano!...
¡Paga si quieres verte cristiano!
¿Quieres casarte?... ¡Paga, canalla!
¿Quieres morirte?... ¡Pues paga y calla!
¿Que ya te has muerto? ¡Paga el velorio
y los derechos del Purgatorio!
¿Temes del cielo crueles sentencias?
¡Paga al prelado las indulgencias!
¿Te condenaste?... ¡La cosa es grave!
Pero pagando, tal vez... ¿quién sabe?...
Paga con misas a Santa Rita...
que ella conoce la «malaquita»...
y es de «imposibles» buena abogada,
y sobre todo si es bien pagada...
¡Sacó al marido del mismo infierno
con el indulto del Padre Eterno!

¿Hoy la victoria tu sien corona?
¡Pues es milagro de la «Patrona»!
Que todo pueblo que se encomienda
tiene en el cielo quien lo defienda.
¿Pues os castiga la cruel derrota?
¡Pues paga preces, alma devota!
Y así conjuras tu mala suerte
por mientras vivas y hasta en la muerte.
Que las deidades de nuestro clero
sólo se aplacan con el dinero...

JOSÉ C. SOTO.

---

taclismo total del régimen burgués, del advenimiento al poder de la última clase, de la clase obrera, ha sido expuesta con una fuerza y una elocuencia que jamás ha sido superada, tres cuartos de siglo hace, en el «Manifiesto Comunista». Mientras que la «Organización del Trabajo», de Luis Blanc, una de las obras maestras del socialismo reformista o utópico, ha caído poco menos que en el olvido después de haber conocido un verdadero éxito de difusión, ha quedado en la historia el problema que Marx y Engels redactaron para la Liga de los Comunistas, en virtud del mandato que les confiriera el Congreso de Londres, en noviembre de 1847. Este documento mostró, en trazos indelebles, por qué la civilización burguesa o capitalista debía desaparecer en presencia de otra civilización, y también como engendraría el cuadro del sistema que habría de sucederle.

Para Marx y Engels se cumplió, a partir del fin del reino de Luis Felipe, un movimiento análogo al que destruyera la organización feudal de la industria y de la manufactura, las relaciones feudales de propiedad. La sociedad burguesa moderna, que ha hecho surgir tan potentes rodajes de producción y de cambio, semeja un aprendiz de brujo que se halla incapaz de dominar las fuerzas infernales que ha evocado. Las crisis comerciales ponen en peligro la existencia de esta sociedad: destruyen los productos y las energías productivas; éstas, por otra parte, han llegado a ser demasiado potentes para el capitalismo que les opone un obstáculo, y que aparece como demasiado pequeño para contener las fuerzas creadas en su seno. «Las armas de las que la burguesía se ha servido para batir el feudalismo se vuelven hoy contra ella misma. Pero la burguesía no ha forjado solamente las armas que deben darle muerte, ha producido también los hombres que manejarán esas armas: los obreros modernos, los proletariados.» Este proletario atraviesa por diferentes fases de evolución. Su lucha contra la burguesía comienza desde su nacimiento. El «Manifiesto» expone estas faces con prodigiosa lucidez: «En el momento en que la lucha de clases se aproxima a la hora decisiva, el proceso de dislocación de la que domina, el de la vieja sociedad entera, toma un carácter tan violento y áspero que una pequeña fracción de la clase reinante se separa de ella y se une a la revolucionaria, a la que lleva consigo el porvenir.»

Y el primer capítulo del «Manifiesto» concluye con estas proposiciones lapidarias y sorprendentes: «El desarrollo de la gran industria socava bajo los pies de la burguesía el terreno sobre el cual ha establecido su sistema de producción y de apropiación. Ante todo, ella produce los cavadores de su propia fosa. Su caída y la victoria del proletariado son igualmente inevitables.»

¿Esto es decir que los autores del «Manifiesto Comunista» lo hayan previsto todo, que hayan pretendido haber formulado previsiones exactas en todos los puntos, substraídas a toda controversia y a todo retoque? No, y ellos fueron los primeros en reconocer que los sucesos históricos no siguen una dirección rectilínea, que a cada instante lo imprevisto puede modificar las hipótesis más lógicas, apresurar o diferir los plazos. Marx y Engels, menos que otros, eran sospechados de haber aportado un concepto invariable y orgulloso cuyo dogmatismo se rehusara a ceder a la experiencia. Quisiera simplemente mostrar la orientación de la historia, y nadie sostendrá que se hayan equivocado. Los acontecimientos de los últimos años, la crisis que la guerra ha provocado y que, sobre todo se desarrolló al día siguiente de la guerra, les daba la razón plenamente. El movimiento de la humanidad, la dislocación de la sociedad, se cumplieron en el sentido y según las condiciones mismas que ellos habían fijado; se puede estar asombrado del poder de su espíritu profético, de la lucidez de su discernimiento, mas esta prodigiosa facultad intelectual procedía tanto de un estudio, de una ciencia minuciosa de la historia como de un profundo análisis de las metamorfosis económicas.

Lo mismo que los socialistas utópicos, y de ellos, pero colocándose sobre otro plano, han constatado que el régimen capitalista estaba destinado a desaparecer en un lapso de tiempo más o menos largo. Esta convicción, que se expresa no sólo en el «Manifiesto Comunista», sino también en todas las obras de Marx y que asienta sobre una sola argumentación, ha ganado la masa del proletariado; sirvió de fermento revolucionario, fué uno de los más notables instrumentos de subversión que se conocen, porque si la voluntad de transformación es una fuerza de primer orden, la creencia de que el mundo debe transformarse ni es un elemento despreciable. En víspera de la guerra, que no ha producido únicamente destrucciones materiales y masacres sin precedentes, sino que también ha engendrado trastornos intelectuales sin igual, se había acreditado ya en enormes efectivos populares la idea de que el régimen no podría subsistir por mucho tiempo. Si se ponía su duración en duda no era únicamente porque se denunciase en él la creación y la conservación de una nueva clase privilegiada, el mantenimiento de una opresión, era también porque agotábase de fase en fase en virtud del juego de sus rodajes.

Pero jamás un espíritu serio ha pretendido indicar, aun aproximadamente, la fecha en la que ocurriría el hundimiento que se manifestaba seguro. Para emitir tal previsión hubiera sido preciso romper con todos los escrúpulos científicos y despreciar sistemáticamente todas las contingencias históricas. A cada instante surgen ante nosotros episodios que, grandes o pequeños, influyen sobre la marcha de los hechos. No se ignoraba que en ese conflicto inevitable millones de hombres morirían, pero nadie se aventuró a decir anticipadamente en qué condiciones el cataclismo estallaría ni cuántos centenares de millones costaría a la economía social.

Entre los que creían más seriamente en la revolución precoz se imaginaban que el régimen capitalista sería, en primer término, atacado y destruído en Rusia. Al contrario, el sentimiento general era que este asalto sería dado, en primer lugar, en los países donde el proletariado era más numeroso, más instruído, más sólidamente organizado: Inglaterra o Alemania. A lo más, admitíase una transformación política de Rusia hacia una monarquía parlamentaria. Ha venido a influir toda una serie de fenómenos que contribuyen a modificar la estructura económica y social, y cuyos efectos, generalmente exiguos a primera vista, no tardan en tomar una significación decisiva: la creación, por ejemplo, de un nuevo instrumental de industria que difiere tanto más de los oficios mecánicos de hace cien años como éstos diferían de los medios de que dispusieron los egipcios y los asirios, o, más cerca de nosotros, los griegos y los romanos; o también la utilización del petróleo, la captación de las fuerzas hidráulicas o de la energía de los mares, la generalización del empleo de la mujer en las profesiones en que sólo raramente aparecían al comienzo de este siglo. Se podría escribir infinitamente acerca de este tema, mas semejante insistencia sería inútil y hasta indiscreta, porque nadie desearía discutir la legitimidad de tales afirmaciones.

A mayor abundamiento, los que siguen de cerca el proceso interno de las sociedades y que dan a estos factores y a los factores análogos un valor singular, se rehusan a proclamar con anticipación el instante en que el mundo nuevo reemplazará al mundo antiguo. Evitan tanto más tal error cuanto que esta substitución se cumpliría aquí y allí según formas variadas, en ocasiones infinitamente diversas, cuanto que las resistencias de región en región comportan entre sí singulares desemejanzas de intensidad, que podía haber, tras de una primera apariencia de derrumbamiento, un retorno del régimen. Pero hay aquí una orientación dominante, al menos para nosotros, y es lo que hemos querido apreciar al principio de esta obra. No tendría ninguna razón si no la hubiésemos percibido en el conjunto de los fenómenos, de las peripecias, de las estrecheces, de las oscilaciones de nuestra época. Trataremos de diseñar este conjunto para desprender mejor conclusiones que son las nuestras; en él encontraremos, en el enorme desorden de estos años de post-guerra, la confirmación brillante de las ideas y previsiones que los pensadores socialistas no han cesado de desarrollar.

Estas ideas, estas previsiones se relacionan con algunas afirmaciones que se pueden juzgar simplistas, pero que se desprenden, por así decirlo, de ellas mismas. El cuerpo de las instituciones que, desde las revoluciones de Inglaterra en el siglo XVII, de Francia en el XVIII y comienzos del siglo XIX, han servido de armadura a la vida de las sociedades de Europa —y en otras partes— está para lo sucesivo herido de muerte; se exterioriza más o menos ostensiblemente según las regiones y según las circunstancias; una enfermedad interna cuyos efectos aparentes pueden diferenciarse, pero una enfermedad incurable trabaja en sus profundidades, rompe sus resortes y destruye sus energías de defensa. La burguesía, que se erigió en todo lugar en clase dominante, que ha vencido a las antiguas categorías privilegiadas hasta el punto de incorporarlas a su propia masa, que durante cien años, más o menos, se abrogó el poder público, está condenada a abdicar en provecho de otra clase. Así como antaño sólo la burguesía hallábase presta a recoger la sucesión de la antigua aristocracia, así hoy sólo el proletariado está en aptitud de heredar a la fracción superior de ese Estado llano que, desde el período revolucionario en Francia del 89 y 92, se había diferenciado y separado de la clase inferior, y que en todas partes, en el curso del siglo XIX, había realizado en su provecho la misma escisión.

Pero este mismo proletario observará en sí los elementos de la oligarquía desposeída que en lo sucesivo será librada a la suerte común. No habrá más que una sola categoría de hombres en la sociedad renovada, en la que el privilegio de propiedad no subsistirá para nadie: no se puede suponer que el proletariado se fragmente a su vez, como lo hizo antes la burguesía, y que de esta ruptura nazca una nueva clase oprimida, porque entonces la revolución vislumbrada no sería más que una parodia de revolución, donde la mayoría tomaría el lugar de una camarilla, a condición y las ventajas de otra camarilla. No es éste, por cierto, el objetivo de las muchedumbres obreras, y no es ésta tampoco la dirección del movimiento que se ejerce en todos los puntos de la tierra. La unidad y la igualdad están en el fin y se oponen a la complejidad y la jerarquía de este tiempo. Lo que prueba bien que anunciando el advenimiento de un nuevo régimen uno no se mece en hipótesis y utopías y que, al contrario, asientan sus afirmaciones sobre la anotación de los hechos concretos y sobre los datos de la experiencia cotidiana, es en primer lugar que el mundo burgués no funciona, que corre de crisis en crisis, que a cada instante tropieza con problemas insolubles y que ni siquiera trata de analizar; es que una inmensa desolación se cierne sobre el universo, es que los pueblos tienen la clara noción de una inseguridad y de una inestabilidad permanente; es que tienen conciencia de rodar por una pendiente que concluye en un abismo sin fondo; es que la burguesía advierte que su cetro se ha roto entre sus manos, es que no niega más su propia decadencia, es que está convencida, por lo menos en sus elementos inteligentes, de la proximidad del siniestro y renuncia así a enderezar un organismo vencido y roto en cien puntos por los sucesos que le anonadan; es que pedazos de esta burguesía, por la fuerza de las cosas, van a agregarse a la masa obrera donde se pierden, pero a los que aportan generalmente facultades técnicas apreciables; es que el número de personas interesadas, en cada país, en la conservación del actual estado de cosas va disminuyendo unas veces con celeridad, otras lentamente, a despecho de ciertas aparienciasilusorias; es que el proletariado sepera la victoria como en otro tiempo la burguesía estaba segura de la suya, y ninguna derrota momentánea, ninguna represión, ninguna violencia arranca a los proletarios este convencimiento; es que aun en las horas de pasividad—y las hay—no pierden su confianza, y que el porvenir histórico se presenta a su ojos como si se hubiera definido con una precisión y una regularidad perfectas. Los trabajadores han fijado las líneas esenciales de la sociedad futura con la nitidez de tendencias que caracteriza los cuadernos (1) de nuestros últimos Estados generales. Los que lo discuten lo ignoran todo del pensamiento obrero.

Hay una diferencia. En 1789 era la estructura de la vieja Francia la que se disgregaba, entre crugidos que no se oían desde fuera; hoy es el viejo mundo el que se disloca y muere en medio de sacudimientos universales.

---

(1) *El autor se refiere a los cuadernos en los que las asambleas de electores, reunidas a raíz de la convocatoria de Estados Generales, expresaron sus deseos y sus quejas al último rey de Francia* (1789). *Los Estados Generales se transformaron luego en Asamblea Constituyente. Todos los cuadernos coincidieron en diversos puntos acerca de la constitución que debía darse el país, la libertad de pensar, de vivir, etc., la limitación de los derechos reales,, la deducción de los impuestos, etc.*—(Nota del traductor.)

(*Continuará.*)

Consideraciones sociales sobre la tuberculosis

FRAGMENTOS

Ninguno ignora que la tuberculosis es la nube tétrica y fatal que obscurece más cielos de esperanzas y de ilusiones; ninguno ignora que es el vendaval que arrasa y troncha para siempre más lozanas plantas de vida.

La tuberculosis crea más hondas raíces donde la lucha por la vida es mayor. Es lógico: la lucha intensa en grandes colectividades humanas es azarosa y generalmente dura, tanto en lo que atañe al físico como a lo moral. Las exigencias se hacen cada vez mayores y obligan a apartarse de continuo de las vías trazadas por la Naturaleza para cumplir debidamente sus leyes biológicas.

Muchos de vosotros sois enfermos por culpa indirecta o directa de vuestros padres, que os han concebido en momentos de miseria; porque os prepararon el «terreno»; os prepararon el suelo haciéndolo fértil para que en la lucha por la vida brote la tuberculosis que siembra la miseria de vosotros o la miseria del ambiente.

Antes de ejecutar vuestra labor o de emprender una obra, aprended a medir vuestras fuerzas. Y si e sobra nueva, ejercitáos progresivamente, hasta alcanzar el límite de vuestros deseos y de vuestros anhelos, sin excesos ni fatigas.

Cansancio que a fuer de repetido tiene necesariamente que romper el equilibrio del organismo en lo que respecta a la reposición de elementos gastados.

El cansancio—el *surmenaje*—desgasta en forma irreparable los elementos de defensa y de vida, y os intoxica, haciendo perder el caudal de salud que os armaba.

Ese déficit orgánico es el terreno fértil para que los bacilos de toda clase se procreen y comen su obra destructora.

LEOPOLDO K. WIMMER.